



G. MARTINEZ SIERRA

CANCION DE CVNA

Lectulandia

La obra representa la historia de una niña, Teresa, desde que es abandonada a las puertas de un convento de Castilla hasta que se casa y emigra a América, pasando por las peripecias de infancia y adolescencia.

Lectulandia

Gregorio Martínez Sierra

Canción de cuna

ePub r1.0

Titivillus 23.02.17

Título original: *Canción de cuna*
Gregorio Martínez Sierra, 1911

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA^[1] Y SU PRIMERA COMEDIA

José Montero Padilla

Gregorio Martínez Sierra nació en Madrid, en una casa de la calle Amor de Dios, el 6 de mayo de 1881, el año en que se conmemora el segundo centenario de la muerte de Pedro Calderón de la Barca, en que fallece el poeta y dramaturgo Eulogio Florentino Sanz y en el nacen también Juan Ramón Jiménez, Emilio Carrere, Fernando Villalón...

Gregorio es el primogénito del matrimonio formado por Eduardo Martínez y Emilia Sierra, quienes tendrán seis hijos y dos hijas más. El padre tenía un establecimiento importante de instalaciones eléctricas, en la calle Mayor de la capital de España. La madre enseñará a leer y escribir a Gregorio, y éste, a los cinco años, va ya a un colegio de frailes franciscanos, el del Santo Ángel, que dirigía el P. Diego Suárez, erudito y hombre de letras. A continuación hace el bachillerato, en el Liceo francés, y realiza estudios de idiomas, y numerosas lecturas, y algún viaje al extranjero. Le llega así el tiempo para la Universidad y Martínez Sierra comienza la carrera de Derecho, sin vocación por ella y ni siquiera concluye el primer curso. Inicia después Filosofía y Letras, carrera más en consonancia sin duda con sus gustos y aficiones, pero un suspenso en la asignatura de Historia Crítica de España, le lleva a dejar definitivamente los estudios universitarios: “Estuve a punto de ser filósofo por obra y gracia de la Universidad de Madrid: pero me malogré en la Historia Crítica, sin duda por mi horror a las batallas”.^[2]

DEDICACIÓN A LA LITERATURA

Ya abandonados los estudios, Martínez Sierra entra en la vida literaria. Él mismo evocará, más tarde, cuál era su disposición anímica por aquellos días:

Por entonces yo tosía desaforadamente y veía la vida en gris; sin duda estaba destinado a morir joven y a vivir triste. Pero la voluntad tenaz de una mujer desvió suavemente la rueda del destino, y dejé de toser y aprendí a reír. Yo soñaba con escribir versos llenos de música y de mitologías; de buena fe, veía detrás de cada árbol una hamadriada, y bajo cada gota de agua, su náyade correspondiente.^[3]

El incipiente escritor asiste a tertulias, entabla amistades, se relaciona literariamente... y realiza, en el año 1898, su primera publicación: un librito titulado *El poema del trabajo*, con prólogo de Jacinto Benavente. Y, al año siguiente, *Diálogos fantásticos*, con un extenso prólogo ahora de Salvador Rueda. Y colabora en diversas revistas, como *Hojas selectas*, *Blanco y Negro*, etc.

Su afición al teatro, manifestada ya anecdóticamente cuando niño, se mantiene y reafirma ahora. Muestra de ello es su presencia como actor, aunque sea ocasionalmente, en algunas representaciones teatrales. Así cuando Ramón del Valle-Inclán queda manco a consecuencia de una discusión con Manuel Bueno, y entonces un grupo de amigos —entre ellos Martínez Sierra— del autor de *Sonatas* decide organizar unas representaciones a fin de allegar fondos con destino a la adquisición de un brazo artificial para el escritor. Fernández Almagro da puntual información al respecto:

Para [...] adquirir un brazo artificial [...] los amigos de Valle-Inclán pensaron en utilizar el grupo llamado ‘Teatro Artístico’, del que formaban parte algunos de ellos, aficionados o profesionales. El ‘Teatro Artístico’ ya había dado algunas representaciones en el teatro de las Delicias, en Carabanchel. Una vez se puso en escena *Juan José*, [...]. Otra, bajo la dirección escénica de Valle-Inclán, *La fierecilla domada*, a cargo de una actriz novicia, Concha Catalá, Benavente y Martínez Sierra. Ahora, a beneficio de Valle-Inclán, su drama en tres actos *Cenizas*. Esta función se celebró en el teatro Lara el 7 de diciembre de 1899. [...] Benavente y Martínez Sierra, extremando su afición, defendieron bien sus personajes: Pedro Pondal y Padre Rojas. Para completar el espectáculo se estrenó la comedia en un acto, de Benavente, *Despedida cruel*, interpretada por Josefina Blanco, el propio autor y Martínez Sierra.^[4]

UNA AUTORÍA COMPARTIDA

Muy joven aún, cuando contaba tan sólo diecinueve años, Gregorio Martínez Sierra se casa, el 30 de noviembre de 1900, con María de la O Lejárraga, maestra y profesora de idiomas, que había publicado poco antes un libro de relatos, *Cuentos breves* (1899). A su esposa aludía el escritor, en el texto antes reproducido, al decir: “... la voluntad tenaz de una mujer.”

Hecho aceptado desde fechas muy tempranas es el de la autoría compartida con María de la O Lejárraga de la obra firmada únicamente por Gregorio Martínez Sierra, aunque se haya podido discutir, con vehemencia en ocasiones y desde opuestos convencimientos, la parte que a cada uno de ellos corresponda en las creaciones literarias dadas a conocer siempre bajo una sola firma.^[5] Los testimonios escritos coincidentes en afirmar esa colaboración son muy numerosos. Así, por ejemplo, el erudito filólogo y crítico literario Julio Cejador, profesor de la Universidad de Madrid entonces denominada Central, sostenía ya de manera tajante en 1917:

Debajo del nombre de Martínez Sierra se encubren dos escritores que trabajan juntos y tan inseparables que ni ellos mismos podrían deslindar lo que a cada uno particularmente pertenece. Y esta observación no es puramente biográfica, sino que, como las más de las observaciones biográficas, explica la misma obra artística del que llamamos Martínez Sierra y que de hecho son don Gregorio Martínez Sierra, de Lejárraga, y doña María de la O Lejárraga, de Martínez Sierra. La obra literaria de Martínez Sierra es de entrambos esposos.^[6]

Afirmaciones semejantes efectuará el novelista Alberto Insúa en su libro de

Memorias:

Como en aquella ocasión yo le objetara a Martínez Sierra:

—¿No es todo su teatro en colaboración con su mujer?

—Sí —me respondió—, pero, aparte de que es una colaboración muy íntima y de que las obras vienen a ser *como nuestros hijos*, de común acuerdo María y yo hemos decidido que ella oculte su nombre por entender que al público le atraen más las obras de un solo autor que las de dos autores.^[7]

Tiempo después, el crítico Ricardo Gullón extremará: “Cuando hablo de las obras de Gregorio Martínez Sierra me refiero a las firmadas por él y escritas por su mujer”.^[8]

Con especial énfasis reivindica su autoría la propia María de la O Lejárraga en su libro *Gregorio y yo*, publicado en 1953^[9], cuando ya habían transcurrido varios años desde el fallecimiento de su esposo.

Distinto y curioso es el parecer de Enrique Jardiel Poncela, quien en 1933 decía con su característico apasionamiento y quizá pensando no sólo en Martínez Sierra sino en sí mismo:

[...] “de Martínez Sierra, como blanco de la maledicencia escrita y hablada, casi es ocioso ocuparse. Desde sus primeros estrenos, y por causa de la índole sensible y tierna de su literatura, lleva sobre la espalda el sambenito de que no es él quien escribe lo que firma. (*Los principios del siglo XX se caracterizan en España por el abuso del sombrero hongo y por la moda de achacar a otra persona la labor de los elegidos por el éxito.*) En mi opinión, [...] decir que no escribe lo que firma quien ha firmado todo lo que ha firmado Martínez Sierra, me parecen dos imbecilidades que sólo pueden producirse entre gentes que, como la mayor parte de las de nuestra raza, tienen desnivelada la balanza del seso.

No sé si las obras de don Gregorio están escritas únicamente por él o en colaboración: no lo sé ni me importa, pues en mis juicios no entra para nada lo personal, y hago mío aquel delicioso comentario de Pío Baroja al decirle alguien que a Martínez Sierra le escribían las comedias:

‘¿Dónde encontrarán esas gangas?’

Pero de lo que sí estoy seguro es de que, si existe realmente una colaboración, lo que hay de sensible y tierno en las comedias de Martínez Sierra... es lo que ha puesto el propio Martínez Sierra”.^[10]

No cabe ignorar a propósito de estas cuestiones que el propio Gregorio Martínez Sierra hizo constar, en un documento notarial, “para todos los efectos legales, que todas mis obras están escritas en colaboración con mi mujer, Doña María de la O Lejárraga y García”^[11]. Sobre la realidad y carácter de tal colaboración son explícitas algunas declaraciones efectuadas por la esposa en sus últimos años:

[Escribía] El que tuviera más tiempo. Hubo un período en que lo hicimos ambos. Al principio, Gregorio tenía más tiempo que yo. Trabajaba yo entonces como maestra y, además, cuidaba de la casa. Más adelante, las cosas cambiaron. Aparte de la literatura, Gregorio tuvo otras cosas que hacer: era director del teatro Eslava y dirigía también *Renacimiento*, la editorial que fue la salvación de muchos escritores españoles. Entonces empecé a escribir yo la mayoría de nuestras obras. Pero nunca dejé de contar con la colaboración de Gregorio. Siempre se le ocurrían las mejores cosas. Tenía una imaginación muy fértil.^[12]

En 1989, Alda Blanco en su prólogo a la obra de Lejárraga *Una mujer por los caminos de España*, ha comentado certeramente, a propósito del libro *Gregorio y yo*:

Gregorio y yo (1953) establece, por primera vez, lo que ella llamará su maternidad literaria al subtitular esta obra “medio siglo de colaboración”. También, en la cariñosamente mordaz dedicatoria a su difunto

marido, subraya su participación en lo que fue para ella una común labor: ‘A la Sombra que acaso habrá venido —como tantas veces cuando tenía cuerpo y ojos con que mirar— a inclinarse sobre mi hombro para leer lo que yo iba escribiendo’. *Gregorio y yo* no es un ajuste de cuentas con la Sombra, ni una rectificación de las decisiones que tomó de muy joven y que la mantendrían tantos años en el anonimato. Entre muchas cosas es, más bien, una explicación de las razones por las cuales no firmó su producción literaria.^[13]

La propia María Lejárraga manifestó a modo de explicación de su anónimo trabajo: “...casada, joven y feliz acometióme ese orgullo de humildad que domina a toda mujer cuando quiere de veras a un hombre”.^[14] Por tanto, y así cabe deducirlo, la historia de esta colaboración literaria es también la sorprendente, llamativa historia de un enamoramiento.

Quede así esta cuestión, delicada, compleja, incluso enigmática y con misteriosos recovecos psicológicos, sin más insistencia en distinciones y personalizaciones dificultosas de concretar y que sólo desde otras perspectivas pueden afectar al estudio y enjuiciamiento de unas creaciones literarias. Y al escribir los apellidos Martínez Sierra estará siempre implícita la realidad de una colaboración entre dos autores.^[15]

EN EL ÁMBITO DEL MODERNISMO

Gregorio Martínez Sierra se entrega a su vocación literaria y fruto de ella son obras como: *Flores de escarcha* (poemas en prosa, 1900); relatos, como *Almas ausentes* (1900), *Horas de sol* (1901), *Pascua florida* (1903), *Sol de la tarde* (1904), *La humilde verdad* (1904); ensayos de lirismo impresionista, como *Hamlet y el cuerpo de Sarah Bernhardt* (1905), *La tristeza del Quijote* (1905), *La feria de Neuilly, sensaciones frívolas de París* (1906); y el tan interesante como representativo *Teatro de ensueño* (1905).^[16]

Por entonces —1906—, el escritor se autorretrataba expresivamente:

He nacido en Madrid, tengo veinticinco años. Hace ocho que empecé a escribir. Durante este tiempo, aunque naturalmente he cambiado varias veces de *modo*, el ideal sigue siendo el mismo. Como en la vida no me ha interesado nunca el acontecimiento, no tengo más historia que la que está en mis libros. Estuve a punto de ser filósofo por obra y gracia de la Universidad de Madrid; pero me malogré en la Historia Crítica, sin duda por mi horror a las batallas. Mis amigos íntimos son: las palabras, el aire, la luz, el agua, algunos poetas y mi mujer. Soy absolutamente espiritualista, a pesar de mi amor a la naturaleza. Prefiero las praderas al mar, y los árboles a las praderas. Tengo el orgullo de mis sueños, pero no la vanidad de mis obras. Todos los días me admiro de mi propia felicidad. Me parece muy buena la vida y le tengo miedo a la muerte. El único dinero que me satisface es el que gano a fuerza de lirismo; puesto que el arte nos pide la vida, justo es que nos dé para vivir. Hasta ahora, aunque modestamente, va cumpliendo con su obligación.^[17]

Al mismo tiempo, el escritor colabora en varias revistas e incluso interviene decisivamente en la creación de algunas de ellas: *Electra*, *Vida moderna* (1900), *Helios* (1903), *Renacimiento* (1907).^[18]

En ese último año en que funda *Renacimiento*, asimismo publica *Tú eres la paz*, novela que alcanzará extraordinario éxito, y un libro de versos, *La casa de la primavera*, y el relato titulado *Aventura*, y *Aldea ilusoria*, denominación bajo la que reúne bocetos dramáticos, cuentos dialogados, poemas en prosa... obritas todas de claro acento modernista.

El carácter modernista de gran parte de la obra literaria de Martínez Sierra es evidente. Y la coincidencia de opiniones al respecto por historiadores y críticos resulta unánime. Así Hans Jeschke^[19] y Guillermo Díaz-Plaja^[20]. Joaquín de Entrambasaguas afirmará: "... el movimiento modernista a que perteneció [G. M. S.] y del halló una interpretación personalísima".^[21] Y según Ricardo Gullón, "No es posible escribir la historia del Modernismo literario español sin tener presente la persona y la obra de Gregorio Martínez Sierra". E insiste: "Si en la primera década del siglo XX alguien puede ser considerado representante de la actitud modernista ortodoxa, ese alguien sería Gregorio Martínez Sierra..."^[22]

Que el propio Martínez Sierra se consideraba escritor modernista, al menos en sus primeros años de creación literaria, no debe ofrecer duda. Píntorescamente apasionada nos parece hoy la defensa que en su día realizó del Modernismo y de sus integrantes, publicada en 1907 en la revista *Renacimiento*:

¡Mi generación literaria! ¡Los poetas de hoy! No sabré deciros la íntima fruición que me causa que el llamamiento inmerecido que me trajo aquí me dé ocasión a hablar de ella y por ella. [...]

Creo que están hablando de nosotros. Son los escritores de antaño, los poetas del siglo de las luces. Oigamos lo que dicen, y comentemos, jóvenes, si os parece.

—¡Oh, los jóvenes! Notable entendimiento..., cultura, sí, cierta cultura..., estilo, más bien habilidad de palabra..., melenas..., ojos glaucos..., princesas pálidas..., manos liliales..., virilidad escasa..., carencia de ideales levantados, ¡naturalmente!..., decadentismo..., brisas exóticas..., extravagancias verlenianas.^[23]

¡Basta! Yo, escritor lilial,^[24] según palabras de *Gedeón*, aunque estoy por jurar que nunca he escrito el sustantivo lirio, vengo aquí a protestar, en nombre de los míos, contra ese juicio que llamaría cosa de calumnia a no estar convencido de que es achaque de ignorancia, que ha formado de nosotros, sin habernos mirado, y de nuestra obra, sin haberla leído, casi toda la grey de literatos que nos precede... y con ellos el público que los escucha. Señores: no hay derecho a hablar por conjeturas, ni a juzgar por caricaturas, y eso es lo único que ustedes saben de nosotros: lo que de nuestra obra ha dicho, sin haberla leído tampoco, algún crítico amigo en algún semanario de monos; no hay derecho a achacarnos la melena que ustedes se dejaron crecer a los dieciocho años, y que nosotros nos cortamos antes de los quince; no hay derecho a imputarnos la novedad... horaciana de lo que ustedes llaman pudorosamente 'los ojos glaucos', porque no paseemos del brazo a las queridas; no hay derecho a hacer chistes a propósito de nuestra lamentable virilidad —¡habrá poetitas dentro de quince años, no lo duden ustedes!—, porque si tenemos la buena costumbre de no dar un beso a una mujer sin haberle pedido licencia, no es falta de... iniciativa, créanlo ustedes, sino sobra de educación.^[25]

Las palabras finales precedentes coinciden en su sentido con otras de Valle-Inclán cuando éste afirma que les llaman "decadentes, porque no tienen la sensibilidad de los jayanes".^[26]

En el ámbito del Modernismo, Martínez Sierra, al igual que Juan Ramón Jiménez, coetáneo suyo riguroso, representa un perfil crepuscular y melancólico, que llora en versos de suave musicalidad y se remansa en colores lánguidamente esfumados. "Excesivamente sensible —escribió Ricardo Gullón—, el autor de *Sol de la tarde*

pudo ser el arquetipo de una juventud para quien la tristeza era manantial de dulcísimas emociones. Importaba, sobre todo, sentir, y ningún don tan precioso como el de lágrimas”.^[27] Y así también Gregorio Martínez Sierra podrá afirmar en versos suyos:

*Hoy, porque tú has venido a visitarme,
Me acuerdo de que hay mundo y de que hay lágrimas
¡Bendita seas bajo el sol de mayo,
tristeza mía, luminosa y cálida!*^[28]

La amistad y colaboración con Santiago Rusiñol —“su principal maestro después de Rueda”, según Cejador—^[29] constituyen otra fuente para el Modernismo del autor de *Teatro de ensueño*. Así, por ejemplo, cabe relacionar el gusto del escritor por el paisaje con los cuadros de jardines del artista catalán, uno de los más representativos de la pintura modernista. “Gregorio está en Aranjuez, pasando unos días con Rusiñol que ha ido a pintar jardines...”, cuenta María Lejárraga en una carta dirigida a Juan Ramón Jiménez.^[30]

La intensa labor de Martínez Sierra como escritor modernista se proyecta también en las revistas literarias de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Son muchas las que nacen por esos años, aunque a menudo su existencia apenas dura un brevísimo espacio de tiempo. Y en varias de ellas el entonces muy joven autor publica asiduamente, así en *Revista nueva*, *Vida literaria*, *Juventud*, *Alma española*, *El nuevo Mercurio*... e interviene además de manera decisiva en la fundación de algunas de las revistas más significativas de aquella hora literaria: *Vida moderna*, *Helios*, *Renacimiento*,^[31] tal como ya antes se ha indicado.

Si los rasgos y caracteres modernistas aparecían ya en los libros iniciales, como *El Poema del Trabajo* (1898), *Diálogos fantásticos* (1899), y *Flores de escarcha* (1900),^[32] será en obras posteriores como *Teatro de ensueño* (1905), *La Feria de Neuilly* (1906) y *Aldea ilusoria* (1907), ya citadas, donde madure y alcance su plenitud el arte modernista de su autor.

ESCRITOR MÚLTIPLE

Martínez Sierra lleva a cabo una tarea literaria no sólo extensa sino diversísima de géneros: novelas, cuentos, poemas, ensayos de muy variado carácter, artículos en revistas y periódicos, impresiones de viajes... Y teatro, faceta ésta que atraerá al escritor de modo progresivo a partir de 1908, y en el que en seguida triunfará notablemente. Así, Alberto Insúa, en sus *Memorias*, al mencionar los autores que destacaban en la escena española entre 1907 y 1913 ya incluye el nombre de Gregorio Martínez Sierra. Y las publicaciones se suceden continuada, diríase

torrencialmente: crónicas viajeras, reunidas en volumen bajo el título de *El peregrino ilusionado* (1908); novelas y colecciones de relatos breves, como *El agua dormida* (1909), *La selva muda* (1909), *El amor catedrático*, *Todo es uno y lo mismo* (continuación de la novela precedente e impresas ambas en 1910); *Granada, guía emocional* (1911), lírica descripción e interpretación de esa ciudad andaluza. Al igual que los estrenos de comedias: *Juventud, divino tesoro*; *Hechizo de amor*, *Torre de marfil*, *Égloga*, *La sombra del padre*, *El ama de la casa*, *El ideal...* estrenadas de 1908 a 1910; y a las que siguen, en 1911, *Canción de cuna*, su más resonante éxito teatral; *Lirio entre espinas*, *Primavera en otoño...*; *El pobrecito Juan*, *Mamá, Madame Pepita*, en 1912; *Madrigal*, *Los pastores*, en 1913; *La mujer del héroe*, *La pasión*, *Los románticos*, en 1914; *Amanecer*, *El reino de Dios*, en 1915; *Para hacerse amar locamente*, en 1916, y otras obras para la escena.

También en esos años realiza su teatro lírico: *La Tirana* (1913), con música de Lleó; *Margot* (1914), con música de Turina; *Las golondrinas* (1914), con música de Usandizaga; *El amor brujo* (1915), con música de Falla. Este trabajo como libretista ha sido comentado elogiosamente por Gerardo Diego:

En cuanto a la música, baste asociar al nombre de Martínez Sierra los de colaboradores como Usandizaga, Falla y Turina para comprobar el gusto y la eficacia de un libretista, empresario y director escénico. Sea cual fuere el mérito literario o teatral de la letra de *Las golondrinas* o del asunto de la gitanería para Pastora Imperio, titulada *El amor brujo*, lo cierto es que el nombre de Gregorio Martínez Sierra figura en esas obras, universalmente famosas, junto al de los músicos que en la sugestión literaria hallaron cauce para su inspiración^[33].

Esta actividad creadora va unida a otras, de distinto carácter pero relacionadas también con el mundo de las letras y muy fecundas asimismo, al frente de la editorial Renacimiento y de la Biblioteca Estrella, donde aparecieron impresos con pulcritud y buen gusto singulares algunos de los títulos más significativos de aquel tiempo literario.

UN “TEATRO DE ARTE”

Martínez Sierra extendió su capacidad de trabajo, de organización y de entusiasmo hacia otras tareas y empresas, así la de dirección teatral, en la que acertó a agrupar distintos y valiosos elementos: escritores, intérpretes, escenógrafos, músicos, artistas plásticos. Esta actividad impulsora y rectora la llevó a cabo en el madrileño teatro Eslava, de 1917 a 1925. De lo que fueron y significaron esos años en el campo escénico queda elocuente testimonio en el libro *Un teatro de arte en España (1917-1925)*, a cuyo frente aparece la anotación siguiente: “La presente edición de [...] ha sido proyectada, dirigida y editada por Gregorio Martínez Sierra [...]”

Intervinieron en la redacción, confección y ejecución de esta obra los escritores Manuel Abril, Tomás Borrás, Rafael Cansinos Assens y Eduardo Marquina, los dibujantes Bagaría, Barradas, Burmann, Fontanals, Penagos y Sanchís, Yago”. [34]

Bajo la rectoría de Gregorio Martínez Sierra, el Eslava se convirtió en un rico foco teatral y en él estrenaron por primera vez, acogidos y alentados por el autor de *Canción de cuna*, escritores como Concha Espina, Alberto Insúa, Julio Vallmitjana, Luis de Tapia, Manuel Abril, Jacinto Grau, Alfonso Vidal y Planas, Felipe Sassone, Juan Ignacio Luca de Tena, José María Granada, Honorio Maura, Tomás Borrás, Federico García Lorca... La primera obra teatral de este último, *El maleficio de la mariposa*, se estrenó en el escenario de Eslava el 22 de marzo de 1920, bajo la dirección de Martínez Sierra, con decorados de Mignoni, figurines de Barradas y fondos musicales de Grieg y Debussy. Era intérprete principal Catalina Barcena e intervenía asimismo la Argentinita. Sin embargo, la representación no tuvo éxito.

En Eslava fueron representadas también obras de Shakespeare, Moliere, Moreto. Goldoni, Zorrilla, Dumas, Ibsen, y, por primera vez en España, de Bernard Shaw, James Barrie, Sabatino López. Y, lógicamente, se pusieron en escena obras del propio Martínez Sierra, de géneros diversos, inclusive una pantomima, *El corregidor y la molinera*, con música de Manuel de Falla, que el bailarín Diaghileff incorporaría a sus *ballets* y que se haría universalmente famosa. Esta presencia y colaboración de grandes músicos españoles es otro de los capítulos destacados en la historia del teatro Eslava: no sólo Falla, sino también Turina, y pablo Luna, y conrado del campo, y Jerónimo Jiménez, y Lleó, y Usandizaga...

En cuanto a la escenografía de las obras que se representaron, Martínez Sierra supo buscar nombres nuevos, con rica fantasía innovadora y plenos de buen gusto artístico: Junyent, Zamora, Mignoni, Fontanals, Barradas, Sigfrido Burmann. Y, para la interpretación, acertó a conjuntar una compañía de actores en la que Catalina Barcena era figura primera y excepcional. [35]

Hubo en Eslava asimismo representaciones de teatro destinado a los niños: *La linterna mágica*, *Matemos al lobo...*, en un noble deseo de acercar la magia y los valores del arte dramático a todos los públicos, realizando así una labor de auténtica extensión cultural. Incluso, cuando se trataba de representaciones de teatro clásico, Martínez Sierra conferenciaba previamente para orientar sobre la obra anunciada a los asistentes, así con ocasión de la puesta en escena de *La adúltera penitente*, de Moreto.

Estos años en Eslava dan testimonio del hombre de teatro que fue Martínez Sierra. Y la labor —impulso, ideas, orientación, dirección— llevada a cabo por él constituye una destacada página en la historia del teatro en España. No sorprenden, pues, los elogios que ha suscitado. Como el de Tomás Borrás: “Jamás se hizo, ni se ha hecho luego, nada superior a lo que don Gregorio logró con una compañía de actores y otra de artistas plásticos que creían en él”. [36]

O el de Joaquín de Entrambasaguas: “... Casi sin medios materiales, con un

escenario minúsculo, una maquinaria de tramoya elemental; todo a fuerza de talento y de buen gusto, será eternamente un triunfo en la historia del teatro español, la mejor labor de Martínez Sierra en este sentido”.^[37]

Y el de un director escénico como Juan Guerrero Zamora, quien afirma que esta actividad de Martínez Sierra fue “tan firmemente renovadora en el orden escenográfico como generosa en lo que atañe al repertorio”.^[38]

HOLLYWOOD

Después de las temporadas en Eslava, Martínez Sierra viaja, con la compañía por él dirigida y a la que da el nombre de “Teatro de arte español”, por varios países de Europa: Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra,... y asimismo viaja a Hispanoamérica y a los Estados Unidos, lugares donde renueva los éxitos alcanzados en España. En 1930 recibe una propuesta para incorporarse a los trabajos de la Metro Goldwin Mayer en Hollywood. El escritor acepta y, en los primeros días del año siguiente, marcha, desde España, a su nueva tarea, a París primero, a Cherburgo seguidamente para embarcar rumbo a Norteamérica. En su último día en Madrid, declara en una entrevista, sobre la tarea que le aguarda en un puesto de *supervisor* para películas españolas:

—He de entender en la elección de cintas, en la de intérpretes, en el diálogo de la película, en la propiedad de la postura escénica... [...] Mi deseo... es que de la Metro puedan salir buenas películas españolas. Pero no sólo películas españolas en castellano. Sino en inglés o en francés. Es decir, películas de asunto español, pero dialogadas en otros idiomas, para que puedan ir a todos los mercados. [...] Ahora el cine sonoro marca un jalón nuevo en la vida de este arte. El cine que se venía haciendo no es el cine que se empieza a hacer. Es el momento en que la inteligencia entra en la pantalla. La inteligencia, que no es la técnica, en la que el *film* había logrado verdaderas maravillas. [...] ... voy con enorme ilusión hacia esa zona nueva del cine.

Y, sobre la debatida cuestión de las relaciones entre cine y teatro (afinidades y diferencias, influjos recíprocos, etc.), dice:

... porque creo que son dos cosas diferentes, me parece mal la tendencia cultivada en Alemania y comenzada a seguir en Francia, de hacer un cine que se acerque al teatro. No. Me parece tan mal como que el teatro —caso inverso— se acerque al cine. Cada uno en su zona, con su expresión peculiar. El diálogo teatral no tiene que ver nada con el diálogo cinematográfico que ahora surge con los *talkies*; éste ha de ser preciso, sobrio, justo, recto. Lo indispensable, y nada más.^[39]

Otros escritores españoles que viajaron también por esas fechas a la entonces llamada Meca del Séptimo Arte, fueron Enrique Jardiel Poncela, Edgar Neville, *Tono*, José López Rubio, seducidos todos ellos por la atracción del aún joven arte cinematográfico.

EL ÚLTIMO VIAJE

En 1935 —varios años ya fuera de España—, la nostalgia de la tierra propia y la fatiga de un quehacer sin apenas pausa, hacen que Martínez Sierra determine, junto con Catalina Barcena, regresar a España. En este retorno tampoco faltan proyectos para nuevos trabajos. Pero todo quedará interrumpido por el comienzo de la Guerra Civil Española. Martínez Sierra, siempre con Catalina Bárcena, viaja de nuevo, esta vez a la Argentina, donde permanecerá varios años.

En 1947 el escritor, cansado, enfermo, vuelve a España. Un minucioso relato de su llegada a Madrid el 16 de septiembre, figura en un reportaje publicado ese mismo día en las páginas del diario *Madrid*:

Esta mañana, a las nueve en punto, llegó a Barajas el avión en que desde Buenos Aires venían a España Catalina y Gregorio Martínez Sierra [...] En el aeropuerto esperaban a los ilustres viajeros la hija, Catalina Martínez Sierra; la hermana del escritor, doña Josefina; el consejero-delegado de la Sociedad de Autores, don Ángel Torres del Álamo, y el secretario general de la entidad, don Francisco Lizárraga; el actor Salvador Soler Mari y algunos otros amigos de Catalina y Gregorio Martínez Sierra. [...] Mientras la actriz era saludada por los amigos, la hija subió al avión, donde Gregorio Martínez Sierra estaba aún, [...] poco después descendían ambos del avión. Gregorio Martínez Sierra iba del brazo de la muchacha y estaba intensamente pálido, vio en seguida a Ángel Torres del Álamo, y le saludó con dos palabras que hace años, en el viejo tiempo —glorioso para la vida teatral— de las temporadas de Eslava, se decían a diario ambos amigos: —¿Qué pasa? Un —¿Qué pasa? Que Martínez Sierra decía ahora, como entonces, con un acento muy madrileño, mitad grave y mitad zumbón.^[40]

Martínez Sierra venía a morir en España. El fallecimiento se produjo pocos días después, el 1 de octubre, en su casa de la calle de Lista, núm. 43, a la una y media de la tarde, después de recibir los auxilios espirituales que le administró un sacerdote de la cercana parroquia del Pilar. El entierro se efectuó a las cinco de la tarde del día siguiente y el féretro con los restos del escritor fue llevado al madrileño cementerio de San isidro.

RETRATO

¿Cómo era el escritor en su traza física, en su aspecto externo? ¿Cuáles su carácter y su talante humano? Uno de sus más fervorosos amigos, Tomás Borrás, lo describió en dos retratos. En el primero, titulado *El ratón*, así:

Es un ratoncito menudo, nervioso. En la cabeza clarea el pelo y deja descubierta una cúpula de frontal más

abombada de lo que corresponde a la longura del rostro (Pensamiento). Cuando sonrío enseña dientes fuertes, completos (Energía). Al hacer un cigarrillo saca la petaca con parsimonia, extrae el papel, añade tabaco, le cuida, distribuye con igualdad y le engoma y enciende con precaución (Meticuloso, amigo del orden y de lo bien hecho). Los trajes que usa son impecables, las camisas selectas (Elegancia, gusto). Nunca grita, persuade siempre; si no puede rebasar un obstáculo se vuelve tranquilamente y da un larguísimo rodeo (pedía Gracián, para los hombres artistas, *Un punto de negociante*).

Y en el segundo, denominado *Gregorio*:

Era pequeño, menudo. Su delgadez, delicada y suave; pues el que no pesa ni desahoga músculos en los movimientos, el que parece siempre cansado, como Gregorio, acciona tácito, temeroso de herir los objetos, tiene andar en pausa que indica cautela, voz suasoria de despertar al ser querido sin sobresaltarle. No. Nunca vimos iracundo a Gregorio, jamás rebotaron alrededor de su aura de dulzura vociferaciones ni acento fuera de sí. Todo él era medida y afabilidad.^[41]

El elogio del hombre, de su calidad humana —índole, carácter, maneras...— se reitera por muchos de quienes le conocieron y trataron, como Alberto Insúa: “Mis relaciones con él —con el escritor, con el editor, con el director y empresario teatral — fueron siempre cordiales. Era un gran artista y un alma generosa”.^[42]

Muy significativas son unas palabras de Juan Ramón Jiménez, pertenecientes a unas proyectadas anotaciones biográficas: “Generoso siempre, amigo modelo, buena persona. A pesar de mi alejamiento, siempre respondió a todo. Agradecimiento”.^[43]

Un texto del propio Martínez Sierra sugiere autobiográficamente todo un proyecto de vida y esboza un carácter, una manera de ser: “Vivir con seriedad, soñar con toda exaltación, trabajar con todo encarnizamiento, y darle gracias a la buena suerte por el puñado de rosas que de cuando en cuando me deja caer sobra las cuartillas”.^[44]

JUVENTUD, DIVINO TESORO

Cuando, en 1908 y en el madrileño teatro Lara, Martínez Sierra estrena *Juventud, divino tesoro*, su primera comedia, firmada únicamente con su nombre, él es ya un autor conocido por obras pertenecientes a otros géneros literarios: poemas en prosa, relatos breves, novelas, ensayos dramáticos que han alcanzado éxitos considerables. Inicia ahora el escritor, tras una extensa y diversa creación literaria, una nueva etapa en su producción, con dedicación preferente, casi exclusiva, al teatro. Si en los años anteriores Martínez Sierra había cultivado principalmente el poema en prosa y la narración, a partir de 1908 logrará su mayor notoriedad con las obras destinadas a los escenarios.

EL TEATRO EN ESPAÑA EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XX

En la primera década del siglo XX, tres autores relevantes presiden y gobiernan con un sentido de magisterio la escena española: son Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente y los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. (Significación distinta parece tener Carlos Arniches, sin que ello disminuya su gran importancia ni sus éxitos tan notables como frecuentes). Todos ellos realizaron, con personalidad propia cada uno y diverso alcance, una tarea de renovación de la escena española, tan necesaria tras la “recrudescencia romántica” de Echegaray en el siglo anterior. Merced a los autores citados, “relativamente tardío Galdós en su campaña teatral, en sazón los otros, triunfó en la escena aún estremecida por el griterío desaforado de los últimos románticos, la realidad sencilla del llanto, del suspiro o de la sonrisa: del pensamiento que explica las cosas, razonando la vida, o del ingenio que las alivia de su peso, para hacerlas en lo posible amables”.^[45]

Cabe asimismo observar la existencia, en los años iniciales del siglo XX, de tres grandes sectores en la literatura dramática o teatral: 1) Un teatro costumbrista, de ilustre y antigua tradición, que, a través del llamado “Género chico”, enlaza más lejanamente con las comedias de Bretón de los Herreros, con los sainetes de Ramón de la Cruz, con los pasos de Lope de Rueda... 2) Un teatro poético, de filiación modernista, emparentable en algunos de sus rasgos y caracteres con el drama romántico. Y, 3) la corriente de la que es figura máxima Benavente y cuyos antecedentes se encuentran en Galdós —parcialmente—, en Enrique Gaspar, en la “Alta comedia” decimonónica, en Ventura de la Vega (*El hombre de mundo*), en Leandro Fernández de Moratín.

En este último sector se sitúa Gregorio Martínez Sierra, que pronto ocupará un lugar destacado junto a los más notables autores teatrales coetáneos suyos.

ADMIRACIONES TEATRALES DE MARTÍNEZ SIERRA

El escritor deja constancia en diversos textos de sus admiraciones y preferencias en el género teatral y de cuáles son sus autores favoritos: Galdós, Benavente, Arniches...:

... Benito Pérez Galdós es mi dramaturgo favorito. Admiro extraordinariamente al autor de *Realidad*, *La loca de la casa* y *El abuelo*. También soy un admirador fervoroso de Benavente, a quien debo muchas bondades y que tantísimo me ha ayudado en mi carrera teatral.^[46]

La inteligencia sana volvió, afortunadamente, por los fueros de lo popular, y, con suprema elegancia, unos cuantos ingenios fueron al pueblo en busca de la aristocracia, y en las tablas de los escenarios camparon con más nobleza que nunca la gracia, la sal, la salud del pueblo. En todas las mentes están los nombres de los que hicieron la ‘revolución’. [...] entre ellos, en primera fila y en privilegiado lugar don Carlos Arniches.^[47]

EL MAGISTERIO DE BENAVENTE

De acuerdo con su confesada admiración, las obras escénicas de Martínez Sierra se hallan en la órbita del teatro benaventiano, siguiendo la tendencia —naturalidad, predominio del diálogo, verdad estética— en la que fue maestro el autor de *La noche del sábado*. Así se ha señalado de manera reiterada, reconociendo al propio tiempo los rasgos más característicos y los acentos más propios de Martínez Sierra. Sobre las creaciones escénicas de su tiempo y específicamente sobre su teatro, cansinos Assens hizo atinadas consideraciones:

Indudable es que han contribuido a formarla tres grandes dramaturgos contemporáneos. El aristocratismo irónico de Benavente y la rosada alegría plebeya de los Quintero son como las dos manos que en los primeros instantes incitaron al giro a esta esfera de belleza poética y teatral. Pero en ella puso Martínez Sierra su espíritu en forma de fuerte esencia. Aun en lo puramente externo, sobre las modalidades que señala el ascendiente de los referidos maestros, él acertó a poner matices nuevos que no han sido observados sino por su retina espiritual, y nuevas intenciones sólo suyas.^[48]

Cuando Martínez Sierra inicia su actividad teatral, Benavente era ya un autor conocido, admirado e influyente, que había estrenado ya algunas de sus obras más importantes y representativas, como *El nido ajeno* (1894), su primera comedia representada en un escenario; *Gente conocida* (1896), *El marido de la Téllez* (1897), *La comida de las fieras* (1898) —predilecta de Martínez Sierra—, *El primo Román* (1901), *La noche del sábado* (1903), *Rosas de otoño* (1905), *Los intereses creados* (1907), *Señora ama* (1908)...

Y en ese último año Martínez Sierra estrena sus primeras comedias firmadas únicamente por él: *Juventud*, *divino tesoro* y *Hechizo de amor*.

DE LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN A RUBÉN DARÍO

Un notorio influjo moratiniano, concretamente de la comedia *El sí de las niñas*, se reconoce fácilmente en *Juventud*, *divino tesoro*, título éste procedente del verso inicial de un muy conocido poema rubeniano.

En su argumento se desarrolla, una vez más, el tema de la diferencia de edad en el amor. Y de nuevo son personajes escénicos un viejo y una mujer muy joven (en la obra de Martínez Sierra un tío y su sobrina). Y para que no quepan dudas, uno de los

personajes, de nombre Jenaro, le dice al protagonista: “—¡Lamentable, amigo, lamentable! Pero tiene sus precedentes en todas las literaturas ¡El viejo y la niña!” (Acto segundo, escena primera).

La influencia indicada se muestra evidente, en efecto: en el tema y en el argumento de la obra, en el expresivo afán docente de algunas manifestaciones realizadas por los personajes, e incluso, curiosamente, en la sujeción de la acción a las viejas reglas de las tres unidades: de acción, de lugar y de tiempo.

Martínez Sierra parte del modelo moratiniano para el planteamiento inicial y estructura de *Juventud, divino tesoro*. Y será en el desarrollo y conclusión de su comedia hará su aportación más personal. El triángulo compuesto por un viejo y los dos jóvenes que se enamoran reaparece, y los personajes moratinianos, Don Diego, Doña Paquita y Don Carlos, se llaman ahora Don Emilio, Clara y Pablo. Los tres actos —planteamiento, nudo y desenlace— de *El sí de las niñas* se reducen a dos: el primero, de planteamiento, y el segundo con nudo y desenlace. Si en la creación moratiniana era Don Diego quien, al descubrir los amores de su sobrino con Doña Paquita, renunciaba voluntariamente a casarse con ella para permitir así la felicidad de los dos jóvenes, en *Juventud, divino tesoro*, diferentemente, serán los propios jóvenes —Pablo, en concreto—, quien indique, a Don Emilio, que debe renunciar a sus pretensiones amorosas. El tiempo no ha transcurrido en balde, ya no se está en el siglo XVIII sino en el XX: ahora los jóvenes hacen lo que desean, sin miedo a imposiciones externas ni a pretensiones autoritarias, y expresan sin temor sus sentimientos y conocen y tienen plena conciencia de su derecho a elegir libremente en todo y, por tanto, también en el amor. De esta manera, lo que era un problema social —la educación de las jóvenes— en la obra de Moratín, en la de Martínez Sierra se convierte en una cuestión sentimental y personal: para Don Emilio lo verdaderamente grave no es que Clarita no le quiere, sino que esto sucede *porque él es ya un viejo...* : su juventud —“divino tesoro”— ha quedado atrás, irremediablemente, y su renuncia a Clara le será impuesta por los propios jóvenes, que no abdicar de sus derechos. Renuncia forzada, pues, la de Don Emilio, y no la voluntaria y generosa de Don Diego: hacer felices a los otros es una manera de serlo uno mismo...^[49]

La comedia llega así a su última escena, en la que Don Emilio se da cuenta —¡al fin!— de la inevitable herida de un tiempo transcurrido y reconoce, en su respuesta a la pregunta solícita (“—¿qué te pasa?”) de su hermana Marianita:

“—Casi nada... ¡Tengo... que tengo cincuenta años, y hasta hace media hora no lo he sabido!”

También en esta escena final puede observarse el sentido docente, incluso filantrópico, de la obra, emparentable también con un concepto neoclásico del arte, cuando doña Marianita, el personaje con mayor entidad de la comedia, tipo de mujer característico en las creaciones de Martínez Sierra, mujer que alecciona al hombre, que le protege, le ayuda, le sugiere lo que debe hacer, le habla sobre la necesidad y

ejemplaridad de la renuncia, sobre la fructífera e inagotable posibilidad de hacer el bien: “...contra la vida no hay apelación... [...] ¡Ahora empieza la vida para ti, si quieres emplearla en hacer bien!... Levanta esa cabeza...” (Acto segundo, Escena final).

ACTO PRIMERO

Rincón de claustro en un convento de monjas dominicas. Paredes blanqueadas y suelo de ladrillos. En la pared de la derecha, portón con portillo que comunica con el exterior; sobre el portón, campana para llamar desde la calle. A un lado del portón, torno. Cerca del torno, mesita de pino. Por las paredes del claustro, algunos cuadros viejos. Por los arcos se ve un jardín pobre, con pozo en el centro. Hay plantadas en él verduras, algunos árboles frutales y unos cuantos rosales; en los poyos de los arcos, macetas de rosas, claveles, albahaca, hierba luisa, sándalo y balsamina. Algunos bancos de madera, sillas de paja y tres sillones.

Al levantarse el telón, la MADRE PRIORA estará sentada en un sillón; la MAESTRA DE NOVICIAS y la VICARIA, en otros dos sillones. Las demás MONJAS las rodean, unas sentadas en los bancos, otras en los poyos de los arcos, algunas en el suelo, sobre ruedos de pleita, y otras en pie. Hay mucha animación y alegría.

SOR SAGRARIO.— ¡Sí, sí, que los diga!

SOR MARCELA.— ¿Verdad que sí, Madre?

PRIORA.— Dígalos, dígalos, ya que los ha compuesto.

SOR JUANA.— Me da mucha vergüenza.

MAESTRA.— Esas son tentaciones de amor propio, hija mía.

VICARIA.— Y el primer pecado del mundo fue la soberbia.

SOR JUANA.— Es que están muy mal, y se van a reír todas de mí.

VICARIA.— Con eso se mortifica la vanidad.

MAESTRA.— Además, que aquí no estamos en ninguna academia, y lo que nuestra Madre ha de ver en ellos es la intención.

PRIORA.— ¡Vaya, vaya, no sea melindrosa!

SOR JUANA.— *(Recitando.)* A nuestra amadísima Madre, en el día de su Santa Patrona:

*Reverenda Madre:
en tan fausto día,
a felicitarla
acuden sus hijas.
Ovejuelas somos
que, bajo su guía,
buscamos del cielo
la senda escondida.
A un lado las rosas,
a otro las espinas.
En lo alto del monte,
Jesús y María.*

*A Jesús le pido
cien años de vida,
y a su dulce Madre
cien años de dicha,
para que los goce
en santa alegría,
que bien lo merece
mi Madre querida.*

(Las monjas palmotean y hablan todas a un tiempo.)

VARIAS.— ¡Bien, muy bien!

OTRAS.— ¡Ay, qué bonitos!

TORNERA.— ¡Si parecen los gozos de la Virgen del Carmen!

INÉS.— *(Con mala intención.)* Los habrá copiado de alguna novena.

SOR JUANA.— *(Envalentonada por el triunfo.)* ¡Viva nuestra Madre!

TODAS.— *(Con alborozo.)* ¡Viva!

PRIORA.— Vaya, vaya, no se me alboroten... Muy lindos. Muchas gracias, hijita. No sabía yo que teníamos un poeta en casa. Ya me los pondrá en un papel para que yo los lea.

SOR JUANA.— Ya están puestos, reverenda Madre. Si su reverencia se sirve aceptarlos...

(Le ofrece un rollo de papel pergamino, atado con primorosos lazos azules. En él están escritos los versos, dentro de una orla de flores, palomas y corazones, pintada a mano.)

PRIORA.— *(Deshaciendo el rollo.)* ¡Jesús, qué bien escritos y qué orla tan linda! ¿También sabe pintar?

SOR JUANA.— ¡No, reverenda Madre! Los ha copiado Sor María Jesús, y la orla la ha pintado.

SOR SAGRARIO.— Sor Marcela ha hecho los lazos.

SOR MARCELA.— Con eso es un recuerdo de todas sus novicias.

PRIORA.— ¡Y yo, sin enterarme de nada! ¡Miren qué disimulo han tenido las benjamins!

SOR JUANA.— Teníamos permiso de la Madre Ana de San Francisco. Ella nos dio la cinta y el pergamino.

PRIORA.— ¡Muy bonito! ¡También sabe guardarme secretos la señora Maestra de novicias!

MAESTRA.— Un día es un día.

SOR JUANA.— Y hoy se perdona todo.

PRIORA.— *(Sonriendo.)* El pecado no es grave.

VICARIA.— (*Agriamente.*) Con tal que no vayan a sacar vanidad de sus habilidades. La santa Madre Teresa de Jesús nunca quiso que hubiera labor curiosa en manos de sus hijas. El Malo nos combate por donde menos lo pensamos y no están bien primores del siglo donde se han hecho votos de humildad y pobreza.

MAESTRA.— Alabado sea Dios, Madre Vicaria; ¡no le busque su reverencia tres pies al gato!

SOR MARCELA.— (*Escandalosamente.*) ¡Ja, ja, ja!

VICARIA.— ¡Qué risita más inoportuna!

SOR MARCELA.— (*Fingiendo humildad, pero riéndose con disimulo.*) Perdone su reverencia, que ha sido sin querer. Servidora tiene muchas veces tentaciones de risa y no lo puede remediar.

VICARIA.— Mordiéndose la lengua se remedia.

SOR MARCELA.— ¡Ay, no lo crea su reverencia!

PRIORA.— (*Decidiéndose a intervenir.*) Vaya, vaya; no sea respondona, que hoy no quiero castigar a nadie.

VICARIA.— (*Murmurando.*) ¡Ni hoy, ni nunca!

PRIORA.— (*Quemada.*) ¿Qué quiere decir su reverencia con eso, Madre Vicaria?

VICARIA.— (*Muy humilde.*) Lo que todas sabemos, reverenda Madre. Que la bondad de vuestra reverencia es inagotable.

PRIORA.— ¿A su reverencia le pesa que lo sea?

VICARIA.— (*Remilgada.*) Por mí, no; que, con la ayuda del Señor, procuro cumplir mi obligación, asustándome a la letra y al espíritu de nuestra Santa Regla; pero no faltará quien, alentada por tanta indulgencia, pueda resbalar, y aun caer...

PRIORA.— ¿Es que tiene su reverencia algo que proclamar determinadamente? Si es así, hable.

VICARIA.— Vengo observando, y el Señor me perdone la malicia, que, de algún tiempo a esta parte, en la comunidad abundan esas «tentaciones de risa» de que habla Sor Marcela. Y esto, unido a otras manifestaciones de regocijo, no menos extemporáneas, demuestra cierto relajamiento en la virtud de la circunspección.

PRIORA.— No se preocupe por eso. La Providencia se ha servido últimamente traernos al rebaño ovejuelas jóvenes, y triscan un poquillo por los prados del Señor; pero no llevan malicia las pobres. ¿No es éste el parecer de la señora Maestra de novicias?

MAESTRA.— Desde luego, reverenda Madre. «Gaudeamus autem in Domino»

VICARIA.— Vuestras reverencias sabrán lo que hacen; yo he cumplido con mi deber.

(*Suena la campana del torno. La Hermana Tornera, que es una viejecilla vivaracha, se acerca al torno, después de hacer una reverencia a la Priora.*)

TORNERA.— ¡Ave María Purísima!

VOZ.— (*Con voz bronca, dentro.*) ¡Sin pecado concebida! ¿Sé puede hablar con la Madre Abadesa?

TORNERA.— Diga qué se le ofrece, hermano.

VOZ.— Pues, de parte de la señora alcaldesa, que los tenga muy felices, y que aquí tiene un recuerdo suyo, y que siente no venir en persona a felicitarla, pero que no puede por lo que ustedes saben. (*La Priora suspira, levantando los ojos al cielo, y las demás hacen coro al suspiro.*) Y que, aunque pudiera por eso, tampoco podría, porque está en cama con el dolor que ustedes saben.

TORNERA.— Todo sea por Dios. ¿No mejora, la pobre, de sus dolencias? Dígale que esta tarde le mandaremos un tarrito de ungüento de Santa Clara, y que estas pobres monjas no la olvidan en sus oraciones. Aquí quedan pidiendo por ella para que el Señor le dé conformidad... ¡Ah!, y que la Madre agradece muchísimo el obsequio. Vaya con Dios, hermano. (*Acercándose al grupo con el cesto que ha cogido del torno.*) ¡Pobre señora! ¡Cuántas tribulaciones le da Nuestro Señor sobre la cruz del matrimonio!

PRIORA.— Para ella, más pesada que para nadie. Tan piadosa la pobre, y casada con un liberalote.

MAESTRA.— Y que desde que tiene la sartén por el mango se ha desatado el hombre. ¿Oyeron vuestras reverencias ayer, a media tarde repicar las campanas de la parroquia? Pues es que el muy hereje las mandó voltear porque en las elecciones de Madrid sacaron mayoría los republicanos.

TODAS.— ¡Jesús, Jesús!

VICARIA.— ¿Y el párroco lo ha consentido?

INÉS.— Otro que tal el párroco, y el Señor me perdone si faltó a la caridad. ¿Saben vuestras reverencias lo que ha tenido el valor de decirle a este pobre capellán nuestro, que es más bueno que el pan? Pues le ha dicho que él es más liberal que el alcalde, y que el día menos pensado canta en misa mayor el prefacio con la música del «Himno de Riego».

PRIORA.— ¡Calle, calle, no diga herejías!

MAESTRA.— Esas son calumnias de gente mal pensada...

INÉS.— ¡Ay, no; me lo ha contado a mí el propio don Calixto esta mañana, mientras se revestía para celebrar! Por cierto que a la casulla blanca hay que ponerle nueva la tira del centro.

PRIORA.— ¿Otra vez?

INÉS.— Otra vez; está hecha una lastima. El pobre don Calixto es tan fervoroso que muele la seda a golpes de pecho...

VICARIA.— ¡Todo sea por Dios! Es un santo.

PRIORA.— Y a todo esto no hemos visto el obsequio de la señora alcaldesa. Acérquelo, hermana.

SOR SAGRARIO.— ¡Ay, qué cesto tan grande!

TORNERA.— Pues pesa muy poco.

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Serán merengues!

INÉS.— ¡Ya salió la golosa!

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Como si ella aborreciera el dulce!

SOR MARCELA.— ¡Vamos, hermana Inés, que bien le gusta rebañar el perol de cuando en cuando!

INÉS.— ¡Rebañar el perol! ¡Servidora rebañar el perol! ¡Ay Jesús dulcísimo, qué falsedad tan grande!

PRIORA.— No se disguste, que ha sido broma. ¡Ay Sor Marcela, Sor Marcela, tenga un poco más de formalidad y pídale perdón a la hermana!

SOR MARCELA.— (*Arrodillándose delante de la monja.*) Perdóneme, hermana, para que Dios la perdone, y haga la caridad de dejarme que le bese la mano en desagravio de haberle ofendido.

PRIORA.— Así han de ser mis hijas, humildes. Hermana Inés, déle a besar la mano a Sor Marcela, ya que lo pide tan humildemente.

SOR MARCELA.— (*Besándole la mano con encarnizamiento.*) ¡Ay, qué olor a vainilla tan rico le echa este dedo, hermana! ¡De seguro tenemos natillas de postre!

(*Risa, homérica de todas las monjas.*)

INÉS.— (*Rompiendo a llorar de rabia.*) ¡A mí, a mí! ¡A vainilla! ¡Madre de los Dolores...! ¡Cuándo se oyó tal!

PRIORA.— (*Imponiéndose seriedad.*) Sor Marcela, tiene usted el demonio en el cuerpo, el Señor me perdone. Vaya usted a arrodillarse en un rincón, de cara a la pared, con los brazos en cruz, y rece usted una estación mayor al santísimo.

SOR MARCELA.— Con muchísimo gusto, reverenda Madre...

(*Va a arrodillarse en el rincón; pero a cada momento vuelve la cabeza, saca la lengua y se sienta en el suelo, como si se cansara.*)

PRIORA.— ¡Vaya, hermana, destape ese cesto y veamos qué hay!

TORNERA.— Con su licencia, reverenda Madre. ¡Ay, si es una jaula!

SOR SAGRARIO.— ¡Con un canario dentro!

TODAS.— ¡Un canario, un canario! ¡A ver, a ver!

MAESTRA.— ¡Qué lindo!

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Qué bonito!

SOR JUANA.— ¡Si parece de seda!

INÉS.— ¿Cantará?

PRIORA.— Claro que cantará; no nos iba a enviar la señora alcaldesa un canario mudo.

SOR SAGRARIO.— ¡Ay, la jaula! ¡Miren qué adorno tiene con alambre dorado!

MAESTRA.— No es adorno; son letras.

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Ay; sí, sí! ¡A ver qué dicen!...

MAESTRA.— «Convento de Religiosas Dominicas.»

INÉS.— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

VICARIA.— Si es más buena que el pan la pobre señora.

PRIORA.— No podía habernos regalado cosa más de mi gusto. Precisamente estaba yo loca por un canario.

INÉS.— Dicen que las monjas carmelitas tienen dos primorosos y que el año pasado, por Jueves Santo, los colgaron en el Monumento y daba gozo oírlos.

MAESTRA.— Pues si este canta bien, le colgaremos nosotras este año, y quitamos la caja de música.

PRIORA.— Eso, no; que la caja de música es Regalo del señor capellán, y con razón se ofendería. Habrá caja y canario. Con las sonatas se animará a cantar el animalito...

SOR JUANA.— ¡Ay, cómo se baña!

SOR SAGRARIO.— ¡Y cómo se sacude!

PRIORA.— ¡Qué cosas hace Dios!

VICARIA.— ¡Y luego hay desdichados que dicen que el mundo se ha hecho solo!

INÉS.— ¡Sor Marcela me ha sacado la lengua!

SOR MARCELA.— ¡Ay reverenda Madre, es incierto!

VICARIA.— ¡Cómo incierto, si lo he visto yo con estos ojos que ha de comer la tierra!

SOR MARCELA.— Digo que es incierto que se la haya sacado a la hermana. La saqué porque se me puso una mosca en la punta de la nariz, y como tengo los brazos en cruz, con algo la había de espantar.

SOR JUANA.— Reverenda Madre: por ser el día de su Santa Patrona, levántele el castigo a Sor Marcela.

SOR MARÍA JESÚS.— Sí, reverenda Madre; nosotras le fiamos que no vuelve a hacer ninguna travesura.

PRIORA.— La hermana Inés, que ha sido la ofendida, es quien tiene que pedir el perdón.

NOVICIAS.— Lo pide, lo pide; ¿verdad, hermana Inés?

INÉS.— (*Con mal gesto.*) Perdónela, si gusta su reverencia.

PRIORA.— Ea, pues venga acá, diablejo malo. Sepa que la perdono por ser el día que es y por no desairar a sus hermanas.

SOR MARCELA.— Dios se lo pague.

PRIORA.— Póngase derecha esa toca, que siempre parece que va a echar a volar. Y ahora cada una a su oficio. ¿Qué están ahí murmurando?

SOR SAGRARIO.— No murmuramos, Madre; es que queríamos pedirle una cosa.

SOR MARÍA JESÚS.— Y nos da reparo.

PRIORA.— ¿Tan atrevida es?

SOR MARÍA JESÚS.— Atrevida, no; pero...

SOR JUANA.— Ya se lo figura su reverencia...

PRIORA.— ¿Servidora? No, por cierto.

SOR SAGRARIO.— Pues que lo diga nuestra Madre Maestra.

MAESTRA.— ¿Servidora?

NOVICIAS.— ¡Sí, sí, sí!

MAESTRA.— Alabado sea Dios. Como saberlo, no lo sé de cierto; pero me figuro que lo que desean es que, atendiendo a la festividad, la reverenda Madre les conceda un ratito de parleta. ¿Es eso?

NOVICIAS.— ¡Sí, sí!

SOR MARCELA.— ¡Viva nuestra Madre Maestra!

PRIORA.— ¡Silencio, silencio! ¿Aún no tienen bastante con lo que esta mañana llevan hablado?

VICARIA.— El apetito siempre pide más. Es corcel indómito, y ¡ay de quien le afloje las riendas! Si en mi mano estuviera, no daría ocasión a posibles deslices. El Apóstol Santiago dice bien: «Aquel que diga que por la lengua no delinquiré, miente.»

SOR MARCELA.— ¡Ay Sor Crucifixión, no quite su reverencia la voluntad a la Madre!

VICARIA.— ¿Servidora? ¡Qué vale mi opinión en esta casa!

PRIORA.— ¿Me prometen no ofender al Señor con murmuraciones ni con palabras disipadas?

NOVICIAS.— Lo prometemos.

PRIORA.— Siendo así, hablen cuanto gusten, hasta la hora del rezo.

NOVICIAS.— ¡Gracias, gracias!

(Suena la campana de la puerta.)

TORNERA.— Dos golpes. ¡El médico!

PRIORA.— Cúbranse. (Las monjas se echan los velos por la cara.) Y quítense del paso.

(Las monjas desaparecen como fantasmas.)

SOR SAGRARIO.— *(Acercándose.)* Reverenda Madre: servidora tiene un panadizo.

PRIORA.— Quédese, entonces...; y usted también, Sor María Jesús. *(A la Tornera.)* Abra, hermana.

(La Hermana Tornera abre, y entra el Médico; tiene muy cerca de sesenta años.)

TORNERA.— Ave María Purísima.

MÉDICO.— Sin pecado... Buenos días, hermana.

TORNERA.— Muy buenos, doctor.

MÉDICO.— ¿Cómo andamos de santidad hoy por la mañana?

TORNERA.— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

MÉDICO.— Mucho, mucho. (*Viendo a la Priora.*) Felicidades, Madre.

PRIORA.— ¡Tan hereje y se acuerda del santo del día!...

MÉDICO.— Porque es santa, señora; porque es santa.

PRIORA.— ¡Ay, no me escandalice a mis novicias!

MÉDICO.— ¿Novicias? ¿Dónde, dónde? Ya lo decía yo al entrar: ¡a carne fresca me huele!

PRIORA.— ¡Don José, don José!...

MÉDICO.— Ya me callo... Vamos a ver, ¿qué les duele a estas blancas corderas?

SOR SAGRARIO.— Servidora tiene un panadizo.

MÉDICO.— ¡Miren qué picardía, en un dedo tan mono! Pues habrá que pincharlo, hermanita.

SOR SAGRARIO.— (*Con susto.*) ¿Ahora mismo?

MÉDICO.— No, señora; mañana, si no se resuelve esta noche con una cataplasma y cinco Padrenuestros. Ni uno menos, ¿eh?

SOR SAGRARIO.— (*Con buena fe completa.*) No, señor.

MÉDICO.— ¿Y esta otra?

PRIORA.— ¡Ay doctor! Esta me tiene muy preocupada; se me duerme en el coro, suspira sin motivo, llora sin fundamento, no le apetece comer más que ensalada...

MÉDICO.— ¿Cuántos años tenemos?

SOR MARÍA JESÚS.— Dieciocho.

MÉDICO.— ¿Cuántos llevamos en esta santa casa?

SOR MARÍA JESÚS.— Dos y medio.

MÉDICO.— ¿Y cuántos nos faltan para profesar?

SOR MARÍA JESÚS.— Otros dos y medio, si el Señor se digna concederle a esta humilde novicia la gracia de llegar a ser su esposa.

MÉDICO.— A ver esa cara.

PRIORA.— Levántese el velo.

(*Sor María Jesús se levanta el velo.*)

MÉDICO.— No ha tenido mal gusto el Señor. Palidita, pero torneada.

TORNERA.— ¡Qué don José éste!...

MÉDICO.— De modo que melancolía, suspiros a deshora, desgana... Pues no va a haber más remedio, hijita: una ducha bien fría todas las mañanas y un rato de gimnasia al aire libre.

TORNERA.— (*Un poco escandalizada.*) ¡Gimnasia, don José!

MÉDICO.— A no ser que prefiramos escribir una carta a la mamá para que nos lleve a casita y nos busque un buen novio.

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Ay don José! ¡Servidora tiene vocación de religiosa!

MÉDICO.— Bien, bien; entonces, agua fresca, hijita. No hay otra terapéutica posible. Contra melancolía a los dieciocho años, o ducha o matrimonio.

SOR SAGRARIO.— *(Atreviéndose, con candor.)* Y usted, que tanto predica, ¿por qué no se casa?

MÉDICO.— Porque tengo sesenta, hija mía, y hace ya más de quince que no estoy melancólico. Además, ¿con quién quieren ustedes que caiga, si todas las muchachas bonitas se vienen al convento?

PRIORA.— ¡Calle, calle, que me voy a tener que enfadar!

MÉDICO.— ¿No hay más enfermería ambulante?

PRIORA.— No, señor.

MÉDICO.— ¿Y la fija?

TORNERA.— Lo mismo. La pobre Sor María de la Consolación no ha pegado los ojos en toda la noche. ¿Se acuerda usted que ayer dijo que le mordía un perro en el estómago? Pues hoy dice que se le ha atravesado un sapo en la garganta.

MÉDICO.— Vamos allá, vamos allá... ¡Cuánta guerra les da el diablo a estas pobres señoras! Hasta la vista, Madre.

PRIORA.— Hasta luego, doctor. Entre tanto pueden cuidar del torno estas niñas. *(La Hermana Tornera coge una campanilla que hay sobre la mesita, y con el velo echado por la cara va tocando delante del Médico, que la sigue.)* Yo me voy un instante al coro, que no sé cuánto rezo tengo atrasado.

SOR MARÍA JESÚS.— ¿Nos da su reverencia permiso para llamar a las otras dos?

PRIORA.— Llámenlas; pero no me hagan locuras. *(Sale.)*

SOR MARÍA JESÚS.— *(Acercándose a uno de los arcos del claustro.)* ¡Chis, chis; Sor Marcela, Sor Juana de la Cruz! Vengan, que vamos a cuidar del torno, y tenemos permiso para hablar.

(Entran Sor Marcela y Sor Juana de la Cruz.)

SOR SAGRARIO.— ¿Y de qué hablamos?

SOR JUANA.— Que nos cuente un cuento Sor Marcela.

SOR MARCELA.— En seguida; para que se escandalicen ustedes.

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Ay hermana, no somos tan mojigatas!

SOR MARCELA.— O para que luego vaya Sor Sagrario con el chismecito a la Madre Maestra.

SOR SAGRARIO.— ¡Servidora!

SOR MARCELA.— ¡Sería la primera vez!

SOR SAGRARIO.— ¡Ay hermanas, pueden ustedes estar tranquilas! Me voy a este rincón a hacer labor. *(Saca del bolsillo alicates, cuentas y alambre y se pone a engarzar un rosario.)* Y ya pueden ustedes hablar lo que gusten, que no las oigo.

SOR JUANA.— Vamos, hermana, no sea quisquillosa.

(Todas van a buscarla, y al cabo se deja convencer, haciendo monerías como chico que dice: «No juego».)

SOR SAGRARIO.— ¡Ay, se ha quedado aquí el canario!

SOR MARCELA.— ¡Pobrecillo! ¿Qué te parece a ti haber entrado en este nido de palomitas bobas? ¿Quieren ustedes que le abramos la jaula?

SOR MARÍA JESÚS.— ¿Para qué?

SOR MARCELA.— ¡Toma, para que vaya donde le dé la gaña!

SOR SAGRARIO.— ¡Ay, no, no!

SOR MARÍA JESÚS.— Menudo disgusto tendría la Madre.

SOR MARCELA.— Y menuda alegría tendría él. ¡Andando! *(Abre la jaula.)* ¡Vuela, corazón, vuela; el mundo es tuyo! ¡Eres libre!

SOR JUANA.— ¿No sale?

SOR MARÍA JESÚS.— ¡No se mueve!

SOR MARCELA.— Pero ¿no ves qué sol tan hermoso hace fuera, estúpido?

SOR JUANA.— Los canarios, como nacen dentro de la jaula, no quieren libertad.

SOR MARÍA JESÚS.— Le gusta ser un encarceladito, como sus monjas.

SOR MARCELA.— Pues haces muy mal, hijo. *(Cierra la puerta de la jaula.)* Dios ha hecho el aire para las alas, y las alas para volar. Y el que, pudiendo andar por las nubes, se conforma a vivir dando saltitos entre dos cañas y una hoja de lechuga, es tonto de remate. ¡Ay madre de mi vida, quién fuera pájaro!

SOR JUANA.— Eso sí que es verdad, ¡quién fuera pájaro!

SOR MARÍA JESÚS.— Golondrina, que dicen que todos los años pasan el mar y se van no sé dónde.

SOR SAGRARIO.— Yo, muchísimas noches sueño que vuelo; es decir, volar, no: que voy por el aire sin tener alas.

SOR MARCELA.— Y yo, que corro de prisa, de prisa, y que bajo las escaleras sin tocar con los pies en el suelo ni en los escalones.

SOR SAGRARIO.— Y qué gusto da, ¿eh? Y qué rabia luego, cuando una se despierta y ve que no ha sido verdad.

SOR MARCELA.— Yo, tantas veces lo he soñado, que ya, hasta despierta, no sé si es verdad o mentira.

SOR JUANA.— ¿Por qué soñará una tantas veces lo mismo?

SOR MARCELA.— ¡Vaya usted a saber! Puede que porque son cosas que una desearía.

SOR MARÍA JESÚS.— Sí que son bonitas las cosas que una desea.

SOR SAGRARIO.— Y luego puede que, si una las lograra, le sirvieran de poco; porque, a ver: si tuviéramos alas como los pájaros, ¿dónde íbamos a ir?

SOR MARCELA.— Yo, al fin del mundo.

SOR MARÍA JESÚS.— Yo, a Tierra Santa, para ver el Calvario.

SOR JUANA.— Yo el portal de Belén y el huerto de la casa de Nazaret, donde vivió la Virgen con el Niño.

SOR SAGRARIO.— ¡Como que iba a tener un huerto!

SOR JUANA.— Claro que sí, con un arroyo pasando por la, cerca; bien claro lo dice el villancico:

*La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
y los angelitos cantan
y el agua pasa riendo...*

(*Sencillamente.*) También en el huerto de mi casa, en el pueblo, hay una mata grande de romero a Orilla del arroyo que va por el linde... ¡Mas veces he, cantado yo eso lavando los pañales de mi hermano el pequeño!... Porque somos siete, y yo la mayor... Y lo que es ése (*Con entusiasmo.*) ¡me tiene dada a mí más guerra!... (*Limpiándose los ojos con las manos.*) ¡Ay Señor, siempre se me saltan las lágrimas cuando me acuerdo del dichoso crío!... ¡Más malo es!... ¡Pero me quiere a mi más que a mi madre, y él día que salí de casa para venir aquí tomó una perra!

SOR MARCELA.— Yo también tengo hermanos; pero son mayores. (*Con importancia.*) La segunda se casó hace dos años, y ya tiene un niño. Una vez lo ha traído para que yo lo vea.

SOR JUANA.— (*Interrumpiendo con gran interés.*) Ya me acuerdo, que pasó una manita por la rejas, y servidora se la besó. ¡Qué suaves tienen las manos los chiquillos! Yo, siempre que comulgo, me figuro que recibo al señor en figura de niña; y así lo aprieto contra el corazón, y me parece que como es tan pequeño y tan desvalido, no me puede negar cosa que le pida, Y luego se me antoja que llora, y le pido a la Virgen que me ayude a callarlo. Si no fuera porque me da vergüenza y porque se iban a reír de mí, le cantarí coplas. (*Suena la campana del torno.*)

SOR SAGRARIO.— Lllaman al torno. ¿Quién será?

SOR JUANA.— Preguntadlo, que para eso nos han dejado aquí.

SOR MARÍA JESÚS.— ¿Quién pregunta?... Yo no...

SOR SAGRARIO.— Ni yo tampoco...

SOR MARCELA.— Pues no son ustedes poco cortas de genio. Preguntaré yo, y eso que soy la más nueva en la casa. (*Acercándose al torno, dice con voz queda:*) ¡Ave María Purísima!

SOR JUANA.— Dígalo más alto.

SOR MARCELA.— (*Levantando la voz.*) ¡Ave María Purísima!

SOR SAGRARIO.— Nada.

SOR MARÍA JESÚS.— (*Atreviéndose y con voz muy aguda.*) ¡Ave María Purísima!

(*Silencio; las novicias se miran con asombro.*)

SOR MARCELA.— ¡Sí que es raro!

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Parece cosa de brujería!

SOR SAGRARIO.— ¡Qué miedo!

SOR JUANA.— ¿Miedo? Algún chiquillo que, al pasar, se habrá divertido en tocar la campana.

SOR MARÍA JESÚS.— Mire por las rendijas, a ver si ve alguien.

SOR MARCELA.— (*Inclinándose.*) Alguien, no... pero algo sí parece que hay en el torno.

SOR JUANA.— A ver, a ver... (*Dan la vuelta al torno, y aparece otro cesto, también cuidadosamente cubierto con un paño blanco.*) Un cesto.

SOR SAGRARIO.— Será otro regalo para la Madre.

SOR MARÍA JESÚS.— Sí, sí; aquí viene un papel prendido.

SOR JUANA.— (*Leyendo sin tocar el papel.*) «Para la Madre Superiora.»

SOR SAGRARIO.— Ya lo decía yo.

SOR MARCELA.— Alguien que quiere darle una sorpresa.

SOR JUANA.— ¿Será de don Calixto, el capellán?

SOR MARCELA.— ¡Quia, mujer!

SOR MARÍA JESÚS.— O del médico.

SOR JUANA.— Si acaba de venir, y no ha dicho nada.

SOR SAGRARIO.— Por lo mismo; como es tan ocurrente.

SOR MARÍA JESÚS.— Quitadlo de ahí.

SOR MARCELA.— (*Levantándolo y llevándolo a la mesa.*) Lo pondremos aquí, junto al canario. Y éste sí que pesa.

SOR SAGRARIO.— ¿Qué traerá?

SOR MARCELA.— ¿Levantamos un poquito el paño?

SOR MARÍA JESÚS.— ¡No, no, que es pecado de curiosidad!

SOR MARCELA.— ¡Quién lo va a saber! (*Levanta un poco la punta del paño y da un grito horroroso.*) ¡Ay!

SOR JUANA.— (*Precipitándose a mirar.*) ¡Jesús!

SOR MARÍA JESÚS.— (*ídem.*) ¡Ave María!

SOR SAGRARIO.— ¡Bendito y alabado...!

(*Al grito de Sor Marcela, que ha puesto en conmoción al convento, entran por diferentes sitios la Priora, la Vicaria, la Maestra de novicias y diferentes monjas.*)

PRIORA.— (*Entrando.*) ¿Qué pasa? ¿Por qué gritan ustedes?

VICARIA.— (*Entrando.*) ¿Quién ha dado ese grito?

MAESTRA.— (*ídem.*) ¿Sucede algo?

(*Las cuatro novicias están temblorosas, vueltas de espaldas al cesto y ocultándolo con el cuerpo.*)

VICARIA.— Como si lo viera, ha sido Sor Marcela.

PRIORA.— Vamos, hablen. ¿Qué pasa? ¿Qué hacen ahí como cuatro estatuas?

MAESTRA.— ¿Les ha ocurrido alguna cosa?

SOR JUANA.— No, señora Madre; es que...

SOR MARÍA JESÚS.— Es que...

SOR MARCELA.— (*Atreviéndose.*) Es que... llamaron por el torno..., y no era nadie..., y dejaron un cesto..., este cesto..., y servidora tuvo curiosidad de destaparlo...

VICARIA.— ¡Naturalmente! No podía menos...

SOR MARCELA.— Y hay...

PRIORA.— ¿Qué hay?

SOR MARCELA.— Hay... Más vale que lo vea su reverencia.

PRIORA.— Acabemos. (*Se acerca al cesto y lo destapa.*) ¡Jesús mío! (*En voz muy baja.*) ¡Una criatura!

TODAS.— (*Con diferente expresión de voz.*) ¡Una criatura!

(*Sor Crucifixión, escandalizada, se santigua.*)

PRIORA.— (*Apartándose.*) Véanlo sus reverencias.

(*Todas las monjas se precipitan hacia el cesto y la rodean.*)

VICARIA.— ¡Ave María, qué cosa tan pequeña y tan colorada!

MAESTRA.— ¡Y está durmiendo!

SOR JUANA.— ¡Cómo aprieta las manos, tan rechiquitinas!

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Se le ve el pelito debajo de la gorra!

SOR SAGRARIO.— ¡Parece un ángel!

VICARIA.— ¡Buen ángel nos dé Dios!

SOR JUANA.— (*Como si la ofendiesen personalmente.*) ¡Ay Madre Vicaria!

PRIORA.— (*Con piedad.*) ¿De dónde vendrás tú, criatura?

VICARIA.— De sitio bueno seguro que no.

PRIORA.— ¡Quién sabe, Madre! ¡Hay tanta pobreza en el mundo!

VICARIA.— ¡Hay tanto, vicio, reverenda Madre!...

MAESTRA.— ¿Dicen que no vieron a nadie por el torno?

SOR MARCELA.— A nadie; no, señora. Tocarón la campana..., preguntamos... y nadie respondió.

SOR SAGRARIO.— (*Cogiendo el papel, que se había caldo.*) Pero aquí hay un papel.

PRIORA.— (*Cogiéndolo y leyéndolo.*) «Para la Madre Superiora.»

VICARIA.— ¡Valiente regalito para su reverencia!

PRIORA.— Sí; es una carta. (*Desdobra el papel y lee.*) «Señora: Usted perdone la libertad que una servidora se toma de dejar en el torno a esta recién nacida. Señora,

yo soy una mujer perdida, lo cual que esta hija mía no tiene padre, y, señora, para que ella no sea lo que su madre es, que ¡qué había de ser quedándose conmigo!, la dejo aquí, señora, aunque se me arranque el alma al dejarla. Por la memoria de su madre de usted, ampáremela usted y no me la eche usted a la Inclusa, que allí me crié yo y sé lo que se pasa, señora, aunque las hermanas tengan caridad de una y sean buenas, como sí que lo son. Y que Dios se lo pague a usted, señora.»

VICARIA.— ¡Jesús! ¡Ave María!

MAESTRA.— ¡Pobre mujer!

SOR JUANA.— ¡Hija de mi alma!

VICARIA.— ¡A valientes madres les da Dios hijos!...

PRIORA.— Dios sabe lo que hace, hermana; Dios sabe lo que hace.

INÉS.— ¿No dice más la carta?

PRIORA.— ¿Qué más va a decir?

(El Médico y la Hermana Tornera han entrado hace un momento.)

MÉDICO.— Es verdad; ¿qué más va a decir?

PRIORA.— ¿Qué le parece a usted, don José?

MÉDICO.— Que le han regalado a usted una buena alhaja.

PRIORA.— ¿Y qué hacemos con ella?... Porque yo..., esa pobre mujer... pone a esta criatura en nuestras manos, y yo bien la quisiera amparar como pide, quedarme aquí con ella.

NOVICIAS.— ¡Sí, Madre, sí!

MAESTRA.— ¡Silencio!

PRIORA.— Pero no sé si debo..., es decir, si podemos; porque nosotras, al vestir este santo hábito, hemos renunciado a todos los derechos..., y adoptar una niña legalmente..., no sé. ¿A usted qué le parece?

MÉDICO.— Que es verdad. Legalmente, no tienen ustedes derecho a la maternidad.

VICARIA.— Y aunque lo tuviéramos, ¿iba a quedarse aquí una criatura, hija, a lo que parece, del vicio más abyecto?

PRIORA.— Eso sería lo de menos; ella no es responsable del pecado que la engendró, y la madre hartó paga la pena de su culpa, renunciando así a todos sus derechos.

VICARIA.— No le habrá costado mucho renunciar.

PRIORA.— ¿Qué sabemos, Madre, que sabemos?

VICARIA.— Nos lo figuramos; es muy cómodo echar hijos al mundo y que cargue con ellos el prójimo.

MÉDICO.— Eso de la comodidad cabría discutirlo. Hay trances que no son nunca cómodos.

SOR SAGRARIO.— ¡Ay, ha abierto la boca!

SOR JUANA.— Tendrá hambre el angelito.

SOR JUANA.— Quíteselas, que chupando, chupando, se llena de flato la pobre y luego le duele la tripita.

SOR SAGRARIO.— ¡No chupes tú, alma mía!

SOR JUANA.— Miren qué buena es: le quitan el capricho y no llora.

PRIORA.— Esa es otra: ¿quién le da de mamar?

SOR JUANA.— La mujer del demandadero tiene un chico pequeño y le está criando.

PRIORA.— Por lo mismo, no va a criar a dos.

SOR JUANA.— Tan chiquitita, no mama casi nada, y, además, se le ayuda con papilla clarita o con leche de vacas que se pone al baño de María y se aclara con un poco de té.

MÉDICO.— ¡Miren qué experiencia en achaques de críos tiene Sor Juana de la Cruz!

SOR JUANA.— Es que servidora tiene seis hermanos pequeños. ¡Ay reverenda Madre, encárguemela a mí, y verá qué bien la cuido!

VICARIA.— No nos faltaba masque esta diversioncita para las novicias. ¡Ya que ellas son de suyo poco inclinadas a la disipación!

PRIORA.— Díganme lo que piensan, sinceramente..., todas.

(Todos hablan a un tiempo.)

MAESTRA.— Servidora, reverenda Madre...

TORNERA.— Servidora...

INÉS.— Me parece a mí...

PRIORA.— *(Sonriendo.)* Pero una a una.

TORNERA.— Es un ángel que nos manda el Señor, y servidora cree que hay que recibirle con los brazos abiertos.

MAESTRA.— Claro que sí. Figúrense sus reverencias que no fuera una niña, sino..., qué sé yo..., un perrillo pequeño, una paloma cómo la que cayó en el huerto hace dos años, que venía escapada y herida de eso que dicen tiro de pichón. ¿No la recogimos? ¿No la cuidamos? ¿No vive desde entonces tan feliz en su jaula? Pues ¿cómo va a ser menos una criatura con alma que un animalejo sin ella?

TORNERA.— ¡Sí, sí; hay que tener caridad!

VICARIA.— Celebra que la señora Maestra de Novicias haya recordado el asunto de la paloma, porque así me evita a mí el traerle a cuento, pudiera parecer que con malignidad. Contra mi parecer se retuvo aquí dentro el animalito, que ya lleva dando hartito que sentir. Ésta, que si yo la cogí; la otra, que si yo la cuidé; aquélla, que si abre el pico cuando yo me acerco, la de más allá, que si mueve las alas cuando paso... Parcialidades, celos, astucias del demonio, que no cesa. Si así fue un pájaro, ¿qué será una niña?, ya está Sor Juana de la Cruz haciéndole mimos...

SOR JUANA.— ¿Servidora?

VICARIA.— Disipación y más disipación. Piensen sus reverencias que, al pasar estas rejas, hemos renunciado por siempre a todo afecto particular.

MAESTRA.— ¿Es que va a ser pecado dar un poco de amor a esta desvalida?

VICARIA.— Para nosotras, sí. Nuestro Amado es celoso; la Escritura lo dice.

MAESTRA.— ¡Válgame Dios!

VICARIA.— Esto, aparte de otras perturbaciones de orden exterior, que traen consigo estas turbulencias. Ejemplo al canto. Vuestras reverencias, yo la primera, no se dan cuenta de que en este instante faltamos a la regla. Estamos con el rostro descubierto delante de un hombre.

PRIORA.— ¡Es verdad!

MÉDICO.— Señoras, por mi...

PRIORA.— Como si no lo fuera... Usted perdone, don José; no sé lo que me digo. Tiene razón su reverencia. Cúbranse... Es decir, ya no importa...; por una vez..., ya está hecho el daño... En fin, hagan ustedes lo que les parezca. (*La Madre Crucifixión se cubre; las demás, no.*) Y a ver en qué quedamos; yo confieso que el corazón me pide quedarme con la niña.

VICARIA.— Pero el doctor lo ha dicho: no tenemos derecho a ser madres.

MAESTRA.— Pero la criatura es hija de Dios, y a casa de su Padre ha venido.

VICARIA.— Dios tiene otras casas de par en par para sus hijos abandonados.

SOR JUANA.— ¡No, no; a la Inclusa, no!

SOR SAGRARIO.— ¡Eso, nunca!

PRIORA.— ¡Su madre me lo pide!

VICARIA.— ¡Su madre no es su madre, puesto que la abandona!

PRIORA.— No la abandona; la pone en brazos que le parecen más dignos que los suyos.

VICARIA.— ¡Egoísmo!

MAESTRA.— ¡Heroísmo, digo yo!

VICARIA.— ¡Frasecitas tenemos! ¡Ay Madre Maestra, la vida es un folletín!

MAESTRA.— Para algunas mujeres es una historia demasiado triste.

VICARIA.— Nosotras no debemos saber de eso, ya que, por la gracia de Dios, estamos fuera de las tormentas del mundo.

MAESTRA.— Por lo mismo, debemos compasión a las que se ahogan.

VICARIA.— ¡Sensiblería!

MAESTRA.— ¡Caridad!

PRIORA.— ¡Silencio! No empecemos por faltar a ella agraviándonos unas a otras... Don José, ¿hay que dar parte?

MÉDICO.— Sí, señora, al Juzgado.

SOR JUANA.— ¿Y se la llevarán?

MÉDICO.— Si alguien no la pide... En fin, si ustedes se deciden a quedarse con ella, yo propondría un medio.

PRIORA.— ¿Legal?

MÉDICO.— Legal. Por la gracia de Dios, yo también soy soltero, y, aunque no ciertamente santo, puedo atribuirme el mérito de haber aumentado en un solo individuo la población total de España. No tengo una peseta, pero poseo, como cada quisque, mis cuatro apellidos. A la disposición de la chiquilla están; con eso servirán de algo; y ya que no tiene padre ni madre, tendrá nombre honrado.

PRIORA.— Es decir, que usted está dispuesto...

MÉDICO.— A adoptarla, sí..., y a entregársela a usted de pupila, porque a mi casa..., la verdad, las manos de mi niña Cecilia son demasiado duras para manejar muñecos de biscuit. Ya ve usted si yo tengo los huesos duros, y me duelen siempre que se le ocurre cepillarme el gabán cuando salgo a la calle.

TODAS.— ¡Ja, ja, ja!

MÉDICO.— Aquí, Sor Crucifixión, que tiene tan buen arte para vestir santitos.

VICARIA.— ¡Quite, quite!

PRIORA.— ¡Dios se lo pague a usted! Sí, sí, a pesar de todo; ya lo arreglaremos con los superiores...; no hace falta precisamente que la niña, viva dentro de la clausura...; puede quedarse con la demandadera hasta que cumpla los siete años, y entrar aquí cuando haga falta. La cuidaremos..., es cargo de conciencia.

MÉDICO.— Siendo así, yo me marchó. Voy al Registro.

PRIORA.— Haga la caridad, al salir, de decir a la demandadera que entre; hay que saber si puede encargarse y quiere darle el pecho..., y dígame también que se traiga unos cuantos pañales de su hijo.

SOR JUANA.— Si, sí; hay que mudarla en seguida.

SOR SAGRARIO.— (*Inocentemente.*) ¿Por qué?

SOR JUANA.— Porque... hay que mudarla.

MÉDICO.— Muy buenos días, señoras.

TODAS.— Muy buenos, don José. (*Sale el Médico. Pausa.*)

PRIORA.— Hermanas: el Señor nos perdone si en todo esto hay algo que no lleve la suficiente pureza de intención. Espero que su gracia nos libre de ofenderle aficionando demasiado el capazón a cosa creada. La niña vivirá a nuestra sombra, ya que puede decirse que su ángel de la guarda la trajo a nuestras manos. Todas somos desde hoy responsables de la salvación de su alma. El Señor nos da un ángel, y debemos devolverle una santa. ¿No lo olvidarán?

TODAS.— No, señora Madre.

PRIORA.— Y ahora, acérquemela, Sor Juana, que puede decirse que no la he visto. (*Mirando a la niña.*) ¡Inocente de Dios! Dormida tan tranquila en su cesta, como si estuviese en una cuna de oro. ¿Qué verán los niños cuando duermen, que ponen esta cara de paz?

SOR JUANA.— ¡Verán a Dios y a la Virgen María!

SOR MARÍA JESÚS.— Puede que el ángel de la guarda les esté contando algo del cielo.

PRIORA.— No lo sé; pero sí que da respeto ver a un niño dormido.

SOR MARÍA JESÚS.— Y ganas de ser santa, ¿verdad, Madre?

SOR SAGRARIO.— Reverenda Madre, ¿me da su reverencia permiso para darle un beso?

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Ay, no, que todavía no está bautizada, y a los niños moritos no se los besa!

PRIORA.— Cierto que hay que avisar al señor capellán para el bautizo.

MAESTRA.— ¿Cómo la llamaremos?

INÉS.— Teresa, como la reverenda Madre.

TORNERA.— María del Milagro.

SOR SAGRARIO.— Bienvenida. *(Suena la campana llamando a coro.)*

PRIORA.— Lllaman a coro; después decidiremos... ¡Vamos allá!

(Las monjas desfilan mirando a la niña.)

PRIORA.— Quédese con ella Sor Juana de la Cruz, ya que entiende de niños, hasta que venga la demandadera. Desde aquí puede seguir el rezo; pero no se distraiga.

(Las monjas salen todas. Sor Juana coloca la cesta en el suelo y se arrodilla delante de ella. Se oye dentro el rezo, que guía una sola monja, y al cual contestan todas las demás, incluso Sor Juana de la Cruz.)

VOZ.— *(Dentro.)* «In nomine Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.»

(Sor Juana se santigua y dice con las demás monjas:)

SOR JUANA y VOCES.— *(Dentro.)* ¡Amén!

SOR JUANA.— *(A la niña.)* ¡Qué bonita eres, chiquilla rica! ¿Me vas tú a querer mucho, corazón?

VOZ.— *(Dentro.)* «Deus in adjutorium nieum intende.»

SOR JUANA y VOCES.— «Domine, ad adjuvandum me festina.»

(Empieza a bajar lentamente el telón.)

SOR JUANA.— *(A la niña.)* ¿Verdad que sí, preciosa, vida mía?

VOZ.— *(Dentro.)* «Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.»

VOCES.— *(Dentro.)* «Sicut erat in principio et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amén. Alleluia.»

(Pero esta vez Sor Juana de la Cruz ya no responde, sino que, inclinándose sobre la cesta, abraza a la niña apasionadamente y dice:)

SOR JUANA.— ¡Ay, que abre los ojos!... ¡Vida, vida!, ¿a quién quieres tú?

(Cae el telón.)

INTERMEDIO

EL POETA.—

*Habéis venido aquí para escuchar un cuento
y os han hecho saltar las tapias de un convento.
¡Atrevimiento insigne! ¡Casi profanación!
Mas ¿que no hará un poeta por buscar la emoción?
Perdonadle, monjitas, el que se haya atrevido
a turbar la serena quietud de vuestro nido,
encendiendo en la paz de este huerto cerrado
el fuego del amor a que habéis renunciado.
No, no frunzáis el ceño porque haya dicho: ¡amor!
Habéis de saber, castas esposas del Señor,
que lo que habéis creído clemencia y caridad,
el gesto de adopción que hizo vuestra piedad,
la caricia invencible y la canción de cuna
para la hija de nadie que os trajo la fortuna,
no fueron sino llama de amor, de esa divina
pasión que está en la entraña del alma femenina.*

*¡Ay amor de mujer que así nos ilusionas,
a quien tanto ofendemos y que tanto perdonas!
¿de dónde te ha venido tu excelsa caridad?
¡De que, sencillamente, eres maternidad!
Sí; todos somos hijos, mujer, para tus brazos.
Tu corazón es pan que nos das en pedazos,
como niño nos diste las mieles de tu pecho;
siempre es calor de cuna el calor de tu lecho,
aunque lo prostituya nuestra carne villana.
¡Madre si eres amante, madre si eres hermana,
madre por pura esencia y madre a todas horas,
si con nosotros ríes, si por nosotros lloras,
ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido,
dentro del corazón lleva a un hijo dormido!*

*Y así, por ser mujeres, monjitas, sois amantes,
y a pesar del escudo cerrado por diamantes
de la virginidad, que guarda vuestras rosas,
habéis sabido ser madres sin ser esposas.
Y en esta hija de todas habéis puesto la miel
de todo vuestro Intacto panal, y había en él
tanto fuego de sol, tanta fragancia y tales*

mal dormidos impulsos de besos maternos,
que está toda su carne saturada de amores
y su corazón es nido de ruiseñores.
Y, cien veces mujer la que debió ser santa,
mientras sus madres rezan en el coro, ella canta
y desata el sonoro cascabel de su risa.
Las mañanas de mayo se olvida de ir a misa,
porque ¡huelen tan bien los rosales del huerto!
No comprende a las santas que se van al desierto,
—¡ella quiere ir al cielo en dulce compañía!—
y sueña ante el altar de la Virgen María
con un chiquillo más rubio que las candelas
que a ella le diga: «¡Madre!», y a las monjas: «¡Abuelas!»
Un muñeco llorón y tozudo, que luego
será un hombre valiente con el alma de fuego,
que conquistará mundos y redimirá agravios
con la ley en el pecho y la gracia en los labios...
Coge en brazos al gato y le llama: «¡Hijo mío!»
Las monjas se hacen cruces ante tal desvarío.
—¡Esta niña está loca! —dicen con voz severa...
Mas ello es que en el claustro entró la primavera.

Este es el cuento, en suma. El poeta querría
habérselo sabido contar día por día
con toda su emoción; mas fuera empeño vano.
¿Quién hará la comedia del vivir cotidiano?
La vida va tejiéndose con ritmo tan igual,
corre tan clara el agua, es tan limpio el cristal,
que el tiempo se ha dormido en la quietud fragante:
¡quién sabe si pasó un siglo o un instante!
Sigue girando el torno hecho devanadera.
¿Qué más da si los rizos de la hermana tornera,
habiendo sido de oro, en plata se trocaron?
Las tocas no lo dicen; y si se marchitaron
claveles en mejillas y azucenas en frentes,
como aquí no hay espejos, las vírgenes prudentes
pueden creer que siempre es mayo en su jardín.
De estas horas que va midiendo un serafín
en el tiempo sin tiempo, el poeta ha elegido
aquella en que encontró más caricia de nido,
más suavidad de incienso, más luz de amanecer.
Han pasado los años y la niña es mujer.
El telón se descorre sobre una vida en flor.

*El cuento ya por un capítulo de amor.
Era una dulce tarde en el mes de María.
Las monjas suspiraban y su hija les decía...*

ACTO SEGUNDO

Locutorio de un convento. Al fondo, reja con doble enrejado. Sobre la reja, cortina de estameña negra. Detrás de la reja, habitación encalada, que es locutorio exterior; tendrá ventanas al jardín, que se abrirán cuando indique el diálogo, dando gran claridad. Algunos cuadros de santos, al óleo, viejos, con marcos negros. Crucifijo de talla o gran cruz de madera negra. Ventanas altas, también con cortinas negras, que puedan interceptar la luz por completo. Una mesa de pino, un sillón de talla, dos sillas altas y todas las pequeñas que hagan falta para la costura; algún banco.

Al levantarse el telón están en escena la priora, la maestra de novicias, la HERMANA INÉS, la TORNERA, SOR SAGRARIO, SOR JUANA DE LA CRUZ, SOR MARCELA, SOR MARÍA JESÚS y alguna monja más. Todas están cosiendo, menos SOR MARÍA JESÚS, que lee y está en pie. Por los bancos y en la mesa está un ajuar de novia adornado con encajes y cintas de seda azul. A la derecha de la habitación, un baúl completamente nuevo, cuyas bandejas estarán por los bancos y en el suelo.

Para caracterizarse, las actrices tendrán en cuenta que han pasado dieciocho años, y que todas las que eran novicias, siendo ahora profesas, han de cambiar el velo blanco por otro negro.

SOR MARÍA JESÚS.— *(Leyendo con bastante tonillo.)* «Tesoro de paciencia. Soliloquios del alma afligida delante de Dios...»

SOR MARCELA.— *(Suspirando.)* ¡Ay!

SOR MARÍA JESÚS.— *(Leyendo.)* «Soliloquio primero: Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura...»

(Dentro se oye la voz de Teresa, que canta alegremente.)

TERESA.— *(Cantando.)*

*Venid y vamos todas
con flores a porfía,
con flores a María,
que Madre nuestra es.
¡Con flores a María,
que Madre nuestra es!*

(La lectora se interrumpe y mira sonriendo a las ventanas por donde entra la vos. Las demás monjas también sonríen con expresión complacida.)

PRIORA.— *(Con fingida severidad.)* ¡Esa criatura siempre alborotando!

INÉS.— ¡Y en un día como éste!

SOR JUANA.— *(Con embeleso.)* ¡Parece una alondra!

MAESTRA.— *(Con indulgencia.)* ¡Los pocos años!

SOR MARCELA.— ¡Ay Jesús mío!

PRIORA.— Siga leyendo, Sor María Jesús.

SOR MARÍA JESÚS.— *(Leyendo.)* «Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura. ¡Oh mi buen Dios, sálvame, que estoy pereciendo por instantes! Casi sumergida me miro en esta horrorosa tempestad. Por momentos me veo ir a fondo; como que ya no puedo ayudarme más...»

TERESA.— *(Cantando.)*

*De tu, divino rostro,
la belleza al dejar,
permíteme que vuelva
tus plantas a besar.
¡Permíteme que vuelva
tus plantas a besar!*

(La lectura vuelve a interrumpirse. Las monjas vuelven a sonreír.)

PRIORA.— Sor Sagrario, haga la caridad de salir al huerto y decir a la niña que no cante, que estamos leyendo.

(Sor Sagrario sale, después de la reverencia de costumbre.)

PRIORA.— Siga, Sor, siga...

SOR MARÍA JESÚS.— *(Leyendo.)* «Como que ya no puedo ayudarme más para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar...»

TERESA.— *(Cantando.)*

*He quedado, María,
abrasada en tu amor.
Quédate adiós, Señora...*

(La voz de Teresa se interrumpe, porque se supone que ha llegado la monja a mandarle callar; poco después se la oye reír desaforadamente;)

PRIORA.— No tiene remedio. *(Sonriendo.)* Alegre ha nacido y alegre morirá. *(A la lectora.)* Siga, siga...

SOR MARCELA.— ¡Ay Jesús de amor!

PRIORA.— Pero, Sor Marcela, hija mía, ¿por qué suspira usted de ese modo? ¿Es que le duele algo?

SOR MARCELA.— No, reverenda Madre; es que servidora tiene tentaciones de melancolía.

PRIORA.— ¡Válganos el Señor! Ya sabe que no me gustan melancólicas en casa.

SOR MARCELA.— *(Inclinándose.)* ¡Ay reverenda Madre! Déme penitencia si peco, pero servidora no puede remediarlo.

PRIORA.— ¡Quién le habla de pecar! Salga a la huerta y tome un rato el sol, que es lo que le conviene.

SOR MARCELA.— ¡Ay reverenda Madre, no sé que le diga! Cuando servidora ve las flores del huerto y el cielo tan azul y el sol tan hermoso, le entra la tentación de suspirar más fuerte que nunca.

PRIORA.— Ea, pues siendo así, siéntese y pásela por Dios; pero no se le ocurra volver a suspirar, no vaya a darme a mí la de mandarla al calabozo, para que con la sombra y una disciplina se le alivie el humor.

SOR MARCELA.— Como su reverencia mande. *(Volviendo a sentarse.)* ¡Ay Jesús mío!

(La Priora levanta con resignación los ojos al cielo.)

SOR JUANA.— ¡Ay Virgen Santísima!

TORNERA.— ¡Ay San José bendito!

PRIORA.— *(Con un poco de impaciencia.)* ¿Contagio tenemos? No nos falta otra cosa sino que se me pongan a suspirar en coro. Recuerden que hay que servir a Dios con alegría, «in hymnis et canticis», y que el gozo espiritual es el segundo de los frutos del Espíritu Santo, y no le hay más excelso, a no ser el amor, del cual procede.

(Pausa. Sor María Jesús vuelve a abrir el libro, y sin esperar la señal de la Priora, comienza a leer.)

SOR MARÍA JESÚS.— *(Leyendo.)* «Para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar se revuelven sobre mi para anegarme...»

PRIORA.— ¡Cierre ese libro, Sor María Jesús, que también el bendito padre que lo escribió tenía el humor melancólico!

(Sor María Jesús cierra el libro, hace una reverencia y se sienta a coser. Aparece en la puerta de la derecha la Madre Vicaria, solemnemente acompañada por dos celadoras.)

VICARIA.— *(Muy emocionada.)* ¡Ave María Purísima!

PRIORA.— Sin pecado concebida.

VICARIA.— ¿Da su licencia, reverenda Madre?

PRIORA.— Pase. *(Mirándola.)* Si no me engaño, viene su reverencia un tanto alterada.

VICARIA.— No se engaña, no, reverenda Madre, y me atrevo a decir que no es el caso para menos. Su reverencia juzgará, si es que me da licencia para proclamar «ipso facto» a una de nuestras hermanas.

PRIORA.— Hable, si es que el saberse en público la falta no ha de ser motivo de grave escándalo.

VICARIA.— En la humilde opinión de servidora, puede por esta vez arrostrarse el escándalo, mirando al remedio de la culpa.

PRIORA.— Diga, entonces.

VICARIA.— (*Intimándose profundamente.*) Obedezco. Es ello, reverenda Madre, que haciendo con estas dos hermanas celadoras (*Las Celadoras se inclinan.*) la visita de celdas que su reverencia se sirvió encomendarme, y llegando a la de Sor Marcela (*Todas las monjas miran a Sor Marcela, que baja los ojos.*), encontré, entre las tablas de la tarima, ocultación con que bien a las claras ella misma proclama su delito, algo que jamás debiera hallarse en manos de una religiosa modesta: un objeto que, pasando por alto el pecado contra la santa pobreza que supone la posesión particular y oculta de cosa ninguna, en sí mismo es raíz de perdición y origen de infinitos deslices.

PRIORA.— Acabe, Madre, acabe, que nos tiene en un ay. ¿Qué objeto es ése?

VICARIA.— (*A una celadora.*) Muéstrelo, hermana.

(*La Celadora se inclina y saca de la manga un pedazo de cristal azogado.*)

PRIORA.— ¡Un pedazo de espejo!

VICARIA.— Justamente, ¡un pedazo de espejo!

(*Silencio aterrado de la comunidad.*)

PRIORA.— ¿Qué dice a esto, Sor Marcela?

SOR MARCELA.— (*Sale de la fila y se arrodilla delante de la Priora.*) Madre, digo mi culpa y pido perdón.

PRIORA.— Levántese. (*Sor Marcela se levanta.*) Pero, desdichada, ¿para qué le sirve este pedazo de cristal?

VICARIA.— Tal vez para mirarse y recrearse en su hermosura, ofendiendo al Señor con sentimientos de vanagloria.

SOR MARCELA.— (*Con humildad.*) No, reverenda Madre; no, señora:

VICARIA.— O para acicalarse y componerse y ensayar muecas y visajes de los que se acostumbran en el siglo.

SOR MARCELA.— No, reverenda Madre.

PRIORA.— ¿Para qué, entonces?

SOR MARCELA.— Para nada, reverenda Madre.

PRIORA.— ¿Cómo para nada?

SOR MARCELA.— Servidora quiere decir que para nada malo. Al revés.

VICARIA.— Ahora va a ser virtud en una religiosa el guardar un espejito.

SOR MARCELA.— No, reverenda Madre, no es virtud; pero ya saben sus reverencias que servidora tiene tentaciones de melancolía.

VICARIA.— Ya, ya...

SOR MARCELA.— Y cuando a servidora le aprietan demasiado, le dan ideas de subirse a los árboles, y de trepar por las paredes, y de saltar las tapias de la huerta, y de tirarse al agua del estanque; y como servidora comprende que no están bien en una religiosa esas..., esas...

VICARIA.— Esas extravagancias.

SOR MARCELA.— Servidora coge un rayo de sol en el espejo y le pasea por entre las ramas y por el techo de la celda y por las paredes de enfrente, y con eso se consuela pensando que es una mariposa o un pájaro, y que va donde al pensamiento se le antoja.

VICARIA.— ¡Ya le daría yo antojitos a ese pensamiento!

PRIORA.— Está bien; por esta culpa (*Sor Marcela se arrodilla.*), que, sin llegar a ser grave, pasa de media, con arreglo a nuestras constituciones, le doy por penitencia que antes de retirarse esta noche rece en su celda cuatro veces el salmo «Quam dilecta». Levántese y vaya a su sitio. (*Sor Marcela obedece; pero antes de sentarse hace una inclinación delante de cada una de las monjas.*) Retírense.

(Las celadoras se retiran. Suenan tres golpecitos en la puerta; es Teresa, que llega y llama.)

TERESA.— ¡Ave María Purísima!

PRIORA.— Sin pecado concebida.

TERESA.— ¿Se puede entrar?

PRIORA.— Entra, (*Entra Teresa. Dieciocho años; muy linda, muy alegre y nada mística. Va sencillamente vestida de gris, con delantal blanco. Puede llevar alguna flor prendida en el pelo; pero irá modestamente peinada con una trenza que le rodea la cabeza, sin crepés ni rizados.*) ¿De dónde vienes tan sofocada?

TERESA.— (*Ha de hablar siempre con suma sencillez y sin gazmoñería ni tonillo de ninguna clase.*) De arreglar el altar de la Virgen.

PRIORA.— ¿Y eso te ha sofocado tanto?

TERESA.— No, Madre; es que como quería que hoy quedase el altar todo de blanco, y flor blanca pequeña había poca, me he tenido que subir a cortar unas ramas de acacia.

MAESTRA.— ¿A un árbol te has subido?

TERESA.— A dos, porque con la flor de uno no había bastante.

MAESTRA.— ¡Jesús!

VICARIA.— ¡Ave María!

TERESA.— ¡Si supieran ustedes la tierra que se ve desde lo alto de la acacia grande!

(*A Sor Marcela se le agrandan los ojos de deseo.*)

VICARIA.— ¡Niña, estás dejada de la mano de Dios!

SOR JUANA.— ¡Para haberte caído! No quiero pensarlo.

TERESA.— ¡Quia! No, señora. Si me tengo subido más veces.

PRIORA.— Pues no te vuelvas a subir más.

MAESTRA.— (*Con tristeza.*) ¡Ya no hay que prohibírselo!

PRIORA.— (*Con tristeza.*) ¡Es verdad!

INÉS.— El último día que adornas el altar.

SOR JUANA.— ¡El último!

TERESA.— ¡Ay Madres, no se pongan ustedes tristes!...

VICARIA.— Seremos como tú, que parece mentira. Siendo el día que es, te lo pasas riendo y cantando como una loca.

PRIORA.— La Madre dice bien: en este día, hijita, no hubiese estado de más un poco de recogimiento.

TERESA.— Sí, señoras Madres: tienen ustedes muchísima razón, razón que les rebosa por encima de todas esas tocas venerables; pero cuando tiene una gana de reír, tiene una gana de reír, aunque sea, como dice Sor Ana de San Francisco, el día más solemne de la vida.

MAESTRA.— ¡Y tan solemne! Hoy sales de esta casa, donde has vivido dieciocho años, sin darte apenas cuenta de que vivías. Mañana ya eres dueña de la tuya y llevas sobre la conciencia las responsabilidades de mujer casada.

VICARIA.— Que no son leves. Los hombres son exigentes, veleidosos, egoístas...

TERESA.— (*Tímidamente.*) Antonio es muy bueno.

VICARIA.— Por buenos que sean, están acostumbrados a mandar desde que el mundo es mundo, y eso imprime carácter. Y como tú eres muy independiente y te gusta también hacer tu voluntad...

TERESA.— Sí que estoy mal criada; pero ya verá usted cómo todo se arregla.

SOR JUANA.— A ver si ahora le vamos a amargar el día.

TERESA.— No, Madre..., no..., si estoy muy contenta. ¡Son ustedes tan buenas para mí!

VICARIA.— Eso es lo de menos.

TERESA.— ¡Es lo de más! Claro que ésta es la casa de Dios; pero ustedes pudieron cerrarme la puerta y me la abrieron tan de par en par, que dieciocho años llevo aquí dentro, y hasta ahora que la voy a dejar no me he dado cuenta de que vivía en ella de limosna.

SOR JUANA.— ¡No digas eso!

TERESA.— ¡Pues ya lo creo que lo digo! Dé limosna, de caridad, como una pobrecita; ¡Sí no me da pena decirlo, ni pensarlo! Si he sido más feliz, ¡y lo soy!, que puedan serlo las hijas de los reyes. Si dé cariño que le tengo a todo, me entran ganas de besar, las paredes y de abrazarme con los árboles, porque hasta las paredes y los árboles han sido buenos para mí. ¡Ay, mi convento de mi corazón!

SOR MARCELA.— ¡Tu convento! ¡Si te hubieras quedado siempre en él!

PRIORA.— No hay que hablar de eso. La Providencia tiene muchos caminos.

MAESTRA.— Y en todos los estados se puede servir a Dios.

VICARIA.— No ha nacido la niña para religiosa. Le tiene demasiado apego a las cosas del mundo.

TERESA.— Es verdad. Me tira la tierra, ¡pobre de mí! Me parece que todo me quiere y que todo me llama. ¡Tan feliz dentro de estas paredes, y siempre pensando en que el mundo es tan grande! Cada vez que he salido a la calle, me daba unos saltos el corazón, como si se me hubiera vuelto loco... Verdad es que después me daba una alegría volver a casa... ¡Una alegría rara, como si me cogieran en brazos o me arropasen con unas alas grandes!

VICARIA.— Las de tu ángel, que te estaba esperando en la puerta.

PRIORA.— ¿Por qué la había de esperar? Su ángel ha ido siempre con ella, y de seguro no ha tenido nunca que volver los ojos a otra parte, ¿verdad, hija mía?

TERESA.— (*Con sinceridad.*) Verdad, Madre.

SOR JUANA.— ¡No faltaba otra cosa!

SOR MARÍA JESÚS.— (*Levantándose.*) Ya están los lazos de los cubrecorsés. ¿Se cosen, o se prenden?

INÉS.— Mejor será coserlos, digo yo.

SOR MARÍA JESÚS.— ¿En medio?

MAESTRA.— Claro está.

SOR MARÍA JESÚS.— Lo digo, porque en el figurín vienen a un lado.

MAESTRA.— (*Inclinándose con Sor María Jesús y la Hermana Inés a ver los figurines.*) ¿A ver? ¡Pues es verdad!

INÉS.— ¡Cosa más rara! ¡Pero hacen bonitos!

MAESTRA.— Es una extravagancia.

SOR MARÍA JESÚS.— ¿Qué le parece, Madre Crucifixión?

VICARIA.— A mí no me pregunten, que no entiendo ni quiero entender. Todo eso son pompas y vanidades, cosas del diablo, que dicen que se encierra con las modistas de París para aconsejarlas en sus desvaríos... ¡Quítenme, quítenme de delante ese papelucho, que nunca debiera haber entrado en esta santa casa!

SOR MARCELA.— ¡Ay Madre! Había que ver la moda.

VICARIA.— ¡La moda, la moda! En el purgatorio les darán la que más se lleve.

SOR MARÍA JESÚS.— ¿Había de ir la niña a casarse vestida como en el año de la Nanita?

VICARIA.— Con el corazón puro y la intención limpia, es con lo que ha de ir, que lazo más o menos no le ha de ganar el corazón de su esposo.

SOR MARCELA.— Dicen que los hombres reparan mucho en estas cosas, Madre Crucifixión.

SOR MARÍA JESÚS.— Y que hay que dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

VICARIA.— Bachillerías no nos faltan.

INÉS.— Alárgueme acá esas tijeras, que voy a cortar un remate.

SOR JUANA.— Creo que ya se puede meter todo en el baúl.

PRIORA.— Sí, sí, que luego va a venir el carro a buscarlo.

(Teresa se arrodilla en el suelo, delante del baúl. Las monjas le van dando las prendas de ropa que cogen de la mesa y de los bancos.)

INÉS.— Aquí están las camisas.

SOR MARCELA.— Las enaguas de encaje.

SOR JUANA.— Póngalas en esa otra bandeja, que no se arruguen.

INÉS.— ¡Ay Jesús, qué frunce tan mal rayado! ¿Quién habrá sido la chapucera?

MAESTRA.— Pues no digamos nada de la que haya planchado estos volantes. Más valía volverlos a mojar.

TERESA.— ¡Pero si están perfectamente! ¡Traiga, traiga! De sotara.

PRIORA.— ¿Falta algo?

SOR MARCELA.— Los pañuelos.

SOR JUANA.— Los paños de peines.

VICARIA.— Ahí están los pedazos que sobran de las tiras bordadas. Llévalos por si alguna se te rompe.

MAESTRA.— Y los figurines, que luego te pueden hacer falta.

INÉS.— Toma este saquito, hija mía. Va lleno de tomillo y cantueso y cascara de lima. Verás qué buen olor le da a la ropa.

SOR MARCELA.— ¡Como que no tendrá ella luego perfumes mejores!

SOR MARÍA JESÚS.— ¡Y de los caros!

INÉS.— De los caros, puede; pero mejores, no, que éstas son hierbas que ha hecho Dios y huelen a limpio y a buena conciencia. Todos los armarios de la sacristía tengo yo perfumados con esto, y da gloria oler la ropa de altar.

TERESA.— Creo que ya está todo.

SOR JUANA.— Todo.

PRIORA.— Echa bien la llave. ¿Irás seguro? (Teresa se levanta.) Y ahora, cuélgatela al cuello con los escapularios, que para eso tiene su cinta, y no la vayas a perder, que es cerradura inglesa y no abre otra.

TERESA.— No, Madre, no.

VICARIA.— Milagrito será, con la cabeza a pájaros que tienes.

SOR JUANA.— Ahora la sentará, con los cuidados que caen sobre ella.

INÉS.— ¿Estás contenta?

TERESA.— Contenta es poco. No merezco lo que hacen por mí.

VICARIA.— Sí, lo mereces; lo mismo hay que decir una cosa que otra. Tienes buen corazón y eres mujer de juicio. Y si lo dices por la ropa, no tengas escrúpulos: todo lo que llevas, y más, te lo has ganado con tu trabajo; ésa es la verdad, bien lo sabes. Claro que aquí se te ha enseñado a coser y a bordar; pero tú has trabajado para casa y para fuera. No nos debes nada, porque, además, para comprar las telas, tenías las doscientas cincuenta pesetas que te ha dado el señor doctor. Por cierto (*Sacando*

un papel de debajo del escapulario.) que aquí tienes la relación de cómo se han gastado, para que puedas responder de ellas, ya que a nosotras, por delicadeza, no ha de querernos preguntar en qué las empleamos.

TERESA.— *(Confusa.)* ¡Qué cosas tiene usted, Madre Crucifixión!

VICARIA.— Las cuentas, claras.

(Teresa coge el papel y lo guarda, después de doblarlo cuidadosamente.)

PRIORA.— *(A las monjas que estaban trabajando.)* Recojan y arreglen todo esto.

TERESA.— Deje, Madre, deje; ya lo recogeré yo.

(La priora hace un señal y salen todas las monjas, menos ella, Sor Juana de la Cruz, la Vicaria y la Maestra de Novicias.)

PRIORA.— *(A Teresa.)* ¿A qué hora te marchas?

TERESA.— A las cinco me viene a buscar mi padrino; pero me ha dicho... Antonio que antes de que me vaya quisiera verlas a ustedes todas para darles las gracias por la alhaja que le han criado.

PRIORA.— También nosotras tendremos mucho gusto en verle a él.

VICARIA.— Con gusto o sin gusto, que eso es lo de menos, tenemos obligación. No se te va a llevar de casa como un bandolero, sin que le veamos la cara.

TERESA.— En cuanto llegue les avisaré a ustedes. *(Salen la Priora, la Vicaria y la Maestra de Novicias. Teresa y Sor Juana de la Cruz se quedan, ordenando y recogiendo todos los papeles y recortes que se han quedado por los bancos y el suelo. No dicen nada; pero, de pronto, Teresa se arrodilla delante de la monja.)* Sor Juana...

SOR JUANA.— ¿Qué quieres, hija?

TERESA.— Ahora que estamos solas, bendígame usted aparte de todas, más que ninguna, porque es usted mi Madre más que todas juntas.

SOR JUANA.— Levántate. *(Teresa se levanta.)* No digas eso; en la casa de Dios todas somos iguales.

TERESA.— Pero en mi corazón es usted la primera. No se ponga usted seria porque se lo diga; ¡qué le vamos a hacer! ¿Usted qué culpa tiene de que yo, a fuerza de darle guerra, le haya tomado a usted este cariñazo?

SOR JUANA.— Sí que has sido guerrera, sí, y alborotadora *(Disculpándola inmediatamente.)*; pero es porque tenías buena salud.

TERESA.— ¡Ay Madre! ¿De dónde habré venido yo?

SOR JUANA.— Hija, del cielo, como todo el mundo.

TERESA.— ¿Usted cree que venimos del cielo?

SOR JUANA.— Por lo menos, tú, para mí viniste. Dices que soy tu Madre más que las otras..., no lo sé, puede; pero tú sí que has sido toda mi alegría.

TERESA.— ¡Madre!

SOR JUANA.— Y me da un gozo oírte reír y verte correr por esos claustros. Los años que tú ahora, poco más o menos, tenía yo cuando tú llegaste; pues como si hubiera vuelto a ser criatura y a empezar a vivir. Cuando entré aquí, aunque tenía vocación de verdad, ¡me daba una tristeza acordarme de mis hermanos! Pues llegaste tú, y se me olvidó todo. Por eso digo que viniste del cielo. Y no creas, que algunas veces me da remordimiento quererte.

TERESA.— ¡Por eso me riñe usted tanto!

SOR JUANA.— ¿Cuándo te riño yo?

TERESA.— A todas horas; pero no me importa. ¡A Antonio se lo he dicho más veces! Sor Juana de la Cruz es mi madre, mi madre, mi madre. ¡Como que ya la llama a usted suegra siempre que hablamos!

SOR JUANA.— Hija, ¿serás feliz con él?

TERESA.— Ya lo creo que sí. ¡Si es mas bueno, más bueno y más alegre!

SOR JUANA.— ¡Qué loca estás!

TERESA.— ¡Sí, loca! Usted, cuando era chica, ¿no ha tenido usted nunca pena por no ser hombre? Yo sí, porque pensaba que quisiera ser esto y lo otro y lo de más allá; ¡qué sé yo!, ¡capitán general, arzobispo, hasta Papa! ¡Y me daba rabia; sólo por ser mujer, no servir siquiera para monaguillo! Pero ahora, desde..., bueno, desde que quiero a Antonio y él me quiere a mí, no me importa; porque si yo soy una potare ignorante, él es un sabio, y si yo valgo poco, él vale mucho. Y en vez de darme envidia, ¡me da un gusto!... ¡Ay Sor Juana, Sor Juana..., cuando quiere una de veras a un hombre, qué humilde se vuelve!

SOR JUANA.— ¿Tanto le quieres tú?

TERESA.— ¡Mas que a mi vida! Es poco... ¡Ay Sor Juana, qué bueno es querer!

SOR JUANA.— ¿Y él te quiere a ti tanto?

TERESA.— Sí, me quiere...; tanto, no sé. ¡Pero no me importa, porque el caso es quererle yo a él! No crea usted, que algunas veces, pocas, he pensado: ¿dejará de quererme alguna vez? Y sí me daba pena; pero si llegase a pensar que algún día pudiera yo dejar de quererle a él..., ¡no!, más vale morirse; porque ¿de qué le serviría a una la vida?

SOR JUANA.— ¡Ay hija, por el amor de Dios!

TERESA.— ¡La vida! ¿Sabe usted cómo la quisiera pasar yo toda? Sentada en el suelo, a sus pies, mirándole a los ojos y oyéndole hablar. ¡Dice unas cosas!... Pero, aunque no dijera nada, aunque hablase una lengua que una no entendiera; porque es la voz, yo no me sé explicar, pero es la voz... Una voz que parece que le está hablando a una desde que ha nacido. ¡Ay Madre! El primer día que me dijo: ¡Teresa!, ya ve usted qué cosa tan sencilla, mi nombre, Teresa..., pues me pareció que no me había llamado nadie nunca, y cuando se marchó, venía yo por la calle diciéndome bajito: Teresa, Teresa, Teresa... ¡Ay Dios mío!

SOR JUANA.— Hija, me das miedo.

TERESA.— ¿De qué?

SOR JUANA.— De que quieras así. Porque el cariño humano..., digo yo..., me parece que es una florecilla que se encuentra una al lado del camino, una limosna que nos hace Dios para ayudarnos a pasar la vida, porque tenemos el corazón flaco; un poquito de miel que nos pone en el pan de cada día, y sí que debemos recibirlo con gozo, pero temblando, hija, y desprendiendo un poco el corazón, porque pasa.

TERESA.— ¡No pasa!

SOR JUANA.— Puede pasar; ¿y qué te va a quedar del alma si la pones toda en ese delirio?

TERESA.— (*Humilde.*) No se enfade usted, Madre. Míreme usted. Si no es una desgracia; si, además, por quererle, no me he de perder.

SOR JUANA.— ¿Es buen cristiano?

TERESA.— Un día me dijo: «¡Te quiero porque sabes rezar!» Ya ve usted. Y otro día: «¡Te tengo devoción como a cosa santa!»... ¡Devoción él a mí! Cuando pienso en eso, me parece que me he vuelto más buena, que soy capaz de todo lo que haya que sufrir en el mundo, porque no me la deje de tener.

SOR JUANA.— Me parece que entra alguien en el locutorio. Corre las cortinas.

(*Teresa, tirando de una cuerda, corre las cortinas de las ventanas. La parte anterior de la escena queda a oscuras. La parte exterior del locutorio se ilumina fuertemente. Han entrado Antonio y una mujer, que es la Demandadera, y ésta ha abierto las ventanas. A través de la cortina de la reja se ve a Antonio; tiene unos veinticinco años, y es simpático y de muy buena figura. La Demandadera se va y le deja solo.*)

TERESA.— (*Acercándose a la monja y en voz baja.*) Sí, es él.

SOR JUANA.— (*Cogiendo la mano de Teresa.*) ¡Ah! ¡Qué alto es!

TERESA.— Sí, muy alto. ¿Verdad que tiene buena figura?

SOR JUANA.— Sí... ¿Tiene el pelo blanco?

TERESA.— No; es que le da la luz:... Castaño oscuro, y los ojos entre azules y verdes. ¡Lástima que a esta luz no se le vean, porque son más bonitos! Cuando habla le echan chispas.

SOR JUANA.— ¿Cuántos años tiene?

TERESA.— Veinticinco ha cumplido.

(*Antonio pasea de un lado para otro.*)

SOR JUANA.— Parece muy vivo de genio.

TERESA.— Es que está impaciente. ¿Quiere usted que le llame y le diga que está usted aquí?

SOR JUANA.— (*Retrocediendo un poco.*) ¡No, no!

TERESA.— ¿Por qué? ¡Si la quiere a usted tanto! (*En voz queda, acercándose a*

la reja.) Buenas tardes, Antonio.

ANTONIO.— (*Mirando de un lado para otro.*) ¡Teresa! ¿Dónde estás?

TERESA.— (*Riéndose.*) Aquí, hombre, aquí; detrás de la reja. Bien se ve que el señor no tiene costumbre de visitar monjitas.

ANTONIO.— ¿No puedes correr la cortina?

TERESA.— No, porque no estoy sola. ¿A que no aciertas quién está conmigo? Mi Madre.

ANTONIO.— ¿Sor Juana de la Cruz?

TERESA.— (*A la monja, con alegría, porque él ha adivinado.*) ¡Lo ve usted! (*A Antonio.*) Sor Juana de la Cruz, precisamente. Te hemos estado viendo desde aquí, y dice que te encuentra muy buen mozo.

SOR JUANA.— ¡Jesús! ¡No haga usted caso a esta cotorra!

TERESA.— No se apure usted, Madre, que a mí también me lo parece.

ANTONIO.— Pues no me lo habías dicho nunca.

TERESA.— Es que aquí dentro, como no me ves, no me da vergüenza. Mira, tenemos que avisar que has llegado; pero antes dile a mi Madre una cosa bonita, que si te estás ahí con la boca cerrada, después de las ausencias que he hecho de ti, me vas a dejar mal.

ANTONIO.— ¿Qué quieres que diga?

TERESA.— Lo que te pida el corazón.

ANTONIO.— Es que no sé si a una religiosa se la puede decir, aunque el corazón lo pida, que se la quiere mucho.

TERESA.— ¡Anda! Yo se lo digo lo menos un millón de veces al día.

ANTONIO.— Pues vayan dos millones; porque ha de saber usted, señora, que es imposible conocer a Teresa y no quererla a usted.

TERESA.— ¡Como que es un tesoro esta Madre que tengo!

SOR JUANA.— ¡Pobre de mí! (*Con mucha rubor.*) Yo también le tengo mucho afecto, señor, que también esta niña me ha enseñado a estimarle. Ella está un poco ciega, es natural. No sabe del mundo, y nosotras, ¿qué íbamos a enseñarle? Ahora se la lleva usted tan lejos... No nos la quite usted del todo.

ANTONIO.— Señora, yo le juro a usted que estaré siempre de rodillas ante toda la suavidad que le han puesto ustedes en el alma.

TERESA.— Si ya le he dicho a usted que es muy bueno, Madre.

SOR JUANA.— Que Dios los haga muy felices. Y queden con Dios, que servidora va a buscar a la Madre.

ANTONIO.— Pero ¿volverá usted?

SOR JUANA.— Con la comunidad..., creo que sí... Muy buenas tardes... Tanto gusto en haberle conocido.

(Sale Sor Juana de la Cruz, emocionadísima. Teresa se queda junto a la reja, sin hablar hasta que la monja desaparece.)

ANTONIO.— Ahora ya puedes correr la cortina.

TERESA.— Un poquito, sí. *(Descorre un poco la cortina.)* Pero te da lo mismo, porque tú no me ves. ¿Te gusta mi Madre, de veras, de veras? ¿Por qué te has puesto serio? ¿En qué piensas?

ANTONIO.— No sé; es una cosa extraña. Desde que estoy aquí, desde que he oído hablar a esta Madre y te siento, sin saber de seguro dónde estás, detrás de esa reja, casi me da miedo quererte; pero ¡cómo te quiero!

TERESA.— Menos mal.

ANTONIO.— ¡Teresa!

TERESA.— ¿Qué?

ANTONIO.— ¿No echarás nunca de menos esta paz?

TERESA.— ¿A tu lado?

ANTONIO.— Es que fuera de aquí hacemos tanto ruido inútil, y tú, ahora lo comprendo, debes ser maestra de silencio.

TERESA.— *(Riendo.)* ¡Maestra de silencio! ¡Si me paso el día alborotando! Oye: de verdad, de verdad, ¿no te dará vergüenza tener una mujer tan ignorante?

ANTONIO.— ¿Ignorante, o doctora?

TERESA.— Doctora yo, ¿en qué?

ANTONIO.— En una ciencia que yo no sabía y tú me has enseñado.

TERESA.— ¡Búrlate ahora!

ANTONIO.— En serio: hasta qué te he encontrado a ti, no he logrado conocerme a mí mismo.

TERESA.— Ya vienen.

(Teresa se aparta de la reja, después de correr la cortina. Entran las monjas silenciosamente, en fila, primero las más jóvenes y en ultimo término la Maestra de Novicias, la Vicaria y la Priora. La Priora se sienta en un sillón a la izquierda de la reja; la Vicaria y la Maestra de Novicias, en dos sillas a la derecha. Las demás quedan en pie, formando grupo. Teresa, también en pie, se apoya en el respaldo del sillón de la Priora. Sor Juana de la Cruz se acerca a ella y le coge la mano. No han de hacer ruido al entrar ni al sentarse. Todas miran con atención y curiosidad, y se sonríen unas a otras; hay un momento de silencio.)

PRIORA. — ¡Ave María Purísima! *(Antonio, un poco desconcertado e intentando ver algo a través de la reja, no responde. La Priora vuelve la cabeza y sonríe a la comunidad.)* Muy buenas tardes, caballero.

ANTONIO.— Muy buenas tardes, señora o señoras mías, que en el misterio de esta reja no sé si hablo con una o con varias.

(Risa discreta y queda de las monjas.)

PRIORA.— *(Bajo.)* Corra la cortina, Hermana Inés. *(La Hermana corre la cortina. A Antonio.)* Habla con toda la comunidad, que tiene mucho gusto en

conocerle.

ANTONIO.— Señoras, el gusto y el honor son míos, mucho mayores de lo que ustedes pueden figurarse.

INÉS.— Qué lisonjero, ¿eh?

TORNERA.— Y qué buen mozo.

INÉS.— Calle, a ver qué dice.

ANTONIO.— Hace ya mucho tiempo que deseaba visitar a ustedes; Teresa lo sabe y se lo habrá dicho.

PRIORA.— Ya, ya, cierto que sí, y le agradecemos mucho el deseo.

ANTONIO.— Pero la primera vez qué vine al pueblo era Adviento, y la segunda, Cuaresma, y Teresa me dijo las dos veces que no se las podía ver a ustedes.

VICARIA.— Naturalmente; en tiempo de penitencia no tenemos visitas.

ANTONIO.— Pero ahora es mes de mayo y tiempo pascual.

MAESTRA.— Miren qué bien sabe el calendario. ¿Es muy devoto?

ANTONIO.— Sí, señora: de unas cuantas santas que todavía no están en los altares.

INÉS.— ¡Ay!, santas, santas; ¡si nos lo hiciera bueno!

ANTONIO.— Dentro de cien años les quemarán a ustedes cirios y les llevarán piernecitas de cera.

TORNERA.— ¡Ja, ja, ja! ¡Del reuma cree que vamos a ser abogadas!

MAESTRA.— ¿Dentro de cien años? ¿Un siglo nada menos nos da de purgatorio?

ANTONIO.— ¡Señora, por Dios! Un siglo de vida, y derechas al coro de serafines.

PRIORA.— ¡Vaya si es bromista el señor don Antonio!

ANTONIO.— Hablo en serio. No saben ustedes, cuando me acuerdo de la muerte, la tranquilidad que me entra al pensar que tantas manos blancas han de dar para mí un empujón a la puerta del Paraíso. Porque supongo que con la familia pondrán ustedes un poco de influencia.

SOR SAGRARIO.— (*Riéndose.*) ¡Ay, con la familia!

VICARIA.— Todos somos hijos de Dios.

ANTONIO.— Pero yo lo seré por partida doble, como yerno de ustedes, que son sus esposas.

VICARIA.— ¡Ay, no haga broma de las cosas santas!

ANTONIO.— No, señora. Y ustedes me perdonen todas las tonterías que llevo dichas, que yo les juro a ustedes que no son más que miedo.

MAESTRA.— ¿Miedo le damos?

ANTONIO.— Sí, señora, mucho, a fuerza de respeto y de cariño. He venido aquí turbado, como nunca lo estuve, no sé si a dar las gracias o a pedir perdón.

PRIORA.— ¿Perdón?

ANTONIO.— Sí, porque acaso soy indigno del tesoro que ustedes me entregan.

PRIORA.— Ya sabemos por el señor Doctor que es buena persona.

MAESTRA.— Y el cariño que la niña le tiene responde por usted. No había el Señor de permitir que, estando ella criada en su santo temor, fuera a prendarse de un malvado.

ANTONIO.— Malvado no lo soy, pero soy un hombre, y ustedes, señoras, con toda la piedad de su alma han estado criando una flor para el cielo. Cuando la conocí me dijo el corazón que había tropezado con un milagro; cuando me atreví a hablarla, me entró un temblor sobrenatural; cuando le dije mi cariño, la conciencia me estaba mandando ponerme de rodillas, y ahora que llego a pedirles a ustedes mi felicidad, no sé qué prometerles en prenda de mi agradecimiento, ni cómo darles gracias por la honra que me hacen.

VICARIA.— Puede que tenga más razón de lo que piensa, señor don Antonio.

MAESTRA.— ¡Madre!...

VICARIA.— Déjeme hablar. Dice muy bien. La niña no es de esas mundanas que llevan al esposo una gran hermosura corporal. Claro que no puede llamarse desgraciada; pero eso es todo. Tampoco lleva dote: es más pobre que nadie; pero lleva un tesoro, único que nosotras hemos podido darle, que vale mucho, más que el oro y la plata, y es el temor de Dios. De ése, usted nos responde, y le pedimos su palabra de que ha de respetarlo en ella y en sus hijos, si el Señor es servido de enviárselos.

ANTONIO.— Teresa será siempre dueña absoluta de su conciencia, y mi casa y mis hijos serán lo que ella quiera que sean. ¡Palabra de honor! PRIORA.— No le pesará, que ella es mujer prudente.

VICARIA.— Y nada mojigata; que aunque, como ha dicho muy bien, la hemos criado para el cielo, nunca pensamos que hubiera de ganarlo en el claustro.

SOR MARÍA JESÚS.— ¿Ahora se van muy lejos?

ANTONIO.— Sí, señora; es decir, ya no hay nada lejos en el mundo. La semana que viene embarcamos; yo llevo a América la dirección de una casa constructora.

PRIORA.— Ya, ya sabemos...

ANTONIO.— Por eso ha sido este apresuramiento. Yo no quería marcharme solo.

TORNERA.— ¿Se mareará la niña en el barco? Mire, que nos la cuida bien.

INÉS.— Y que, cuando esté sofocada, no la deje beber agua fría, que ella es muy loca para eso.

SOR MARCELA.— Y no vaya a olvidarse de que tiene costumbre de tomar duchas todas las primaveras.

INÉS.— Y que si toma frío y tose, beba un vaso de leche muy caliente con una cucharada de ron y mucho azúcar, que es lo único que la hace sudar.

TERESA.— Hermana, de eso ya me cuidaré yo.

INÉS.— Sí, sí, buena eres tú. No la haga usted caso, señor don Antonio, que ella se pasa de mirada, y como no le den las cosas, muñéndose ha de estar y no las pide.

PRIORA.— Vaya, no le aturdan con recomendaciones, que de sobra sabe él lo

que ha de hacer.

ANTONIO.— *(Sonriendo.)* Mejor será que me las pongan todas en un papelito.

TORNERA.— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

SOR SAGRARIO.— ¿Y cuántos días llevan de barco?

ANTONIO.— Dos semanas.

SOR MARCELA.— ¡Jesús, qué eternidad! ¿Y si hay tormenta?

MAESTRA.— Lo menos otros quince días tardarán en llegar aquí las cartas.

ANTONIO.— En desembarcando pondremos un parte, y en medio del mar, otro, y con eso sabrán el mismo día por dónde andamos.

INÉS.— ¡Madre de Dios! ¿Desde el medio del mar mandan partes ahora? ¿Por dónde vienen las palabras?

TERESA.— Sueltas por el aire, como los pájaros.

INÉS.— ¡Lo que inventan los hombres! Cuando servidora estaba en el siglo venían por alambre, y ya parecía cosa del diablo.

ANTONIO.— No crea, hermana, que será muy ajeno a tales invenciones.

INÉS.— Por sí o por no, cuando llegue el parte, bueno será rociar el papel con agua bendita.

PRIORA.— ¡Ay hermana Inés, no sea sencilla! ¿No ve que todo es broma?

VICARIA.— Ya deben ser las cinco. Ya estará al llegar tu padrino, niña.

ANTONIO.— Y yo no quiero molestar más a ustedes.

PRIORA.— No molesta; pero a las cinco tenemos que cerrar el locutorio.

ANTONIO.— Ustedes perdonen, si cometo una terrible falta de etiqueta; pero quisiera pedirles un favor.

PRIORA.— Si está en nuestra mano...

ANTONIO.— Aunque, al parecer, han corrido ustedes una cortina, el misterio de esta reja sigue siendo misterio para mi, pecador, y no quisiera marcharme sin haberles visto a ustedes la cara. ¿Es mucho pedir?

PRIORA.— Hoy es día de dar. Corre esas cortinas, Teresa.

(Teresa cofre las cortinas de las ventanas, con lo cual se ilumina el locutorio.)

ANTONIO.— *(Inclinándose.)* Señoras...

VICARIA.— ¿Qué le pareció la visión?

ANTONIO.— No la olvidaré mientras viva.

PRIORA.— Pues vaya con Dios y viva mil años. *(Cogiendo de la mano a Teresa.)* Y aquí tiene a la niña. Mire que se la damos con mucho amor..., y hágala muy feliz.

ANTONIO.— Respondo con mi vida de su felicidad.

PRIORA.— Dios le ayude.

MAESTRA.— Teresa le dará de nuestra parte unos escapularios: regalitos de monja. No valen nada, pero están tocados en la reliquia de nuestro Padre Santo

Domingo. Guárdelos en recuerdo de este día.

ANTONIO.— Los guardaré. Señoras, hasta pronto. No me olviden ustedes en sus oraciones.

VICARIA.— Y usted no se olvide de rezarlas por su cuenta de cuando en cuando, que en el camino de la salvación todo el mundo puede servirnos de ayuda, pero el primer paso le hemos de dar solitos. Vaya con Dios.

TODAS.— Vaya con Dios.

ANTONIO.— Señoras...

(Sale. En cuanto ha salido, la Demandadera entra en la parte exterior del locutorio y cierra las ventanas. Una monja corre la cortina de la reja. Hay un momento de silencio, y algunas de las monjas suspiran, diciendo: «¡Ay Señor! ¡Ay Dios mío! ¡Todo sea por Dios!» Suena dos veces la campana.)

VICARIA.— ¿No lo dije, niña? Ya está ahí tu padrino. *(Teresa, en medio de las monjas, las mira con un poco de angustia. La Tornera va a abrir la puerta.)*

PRIORA.— Que pase aquí, que pase. *(Entra el Médico, del brazo de la Hermana Tornera; está muy viejo, pero no decrepito ni abatido.)*

MÉDICO.— Buenas tardes, señoras... buenas tardes, niña.

TERESA.— *(Besándole la mano.)* Buenas tardes, padrino.

MÉDICO.— Gran reunión... La despedida, ¿eh?... ¿Ya vieron a ese caballero? *(Las monjas no contestan.)* Buen muchacho, ¿no?... En la puerta aguarda, y tenemos una hora de coche hasta llegar al tren; de modo que ya puedes prepararte, hija mía. *(Teresa sale con Sor Juana de la Cruz.)* El baulito, ¿eh? Pueden sacarlo hasta la puerta, que fuera hay quien lo cargue. *(Dos o tres monjas arrastran el baúl, sacándolo por la puerta de la izquierda.)* Eso es. *(Se sienta en el sillón de la Piora.)* ¿Qué me cuentan?

PRIORA.— Ya ve usted.

MAESTRA.— ¡Quién nos lo había de decir, hace dieciocho años!

MÉDICO.— Dieciocho años; ya vamos para viejos, reverenda Madre.

PRIORA.— Eso es lo de menos.

INÉS.— ¿Cuántos años tiene usted ya?

MÉDICO.— Setenta y ocho, hermana.

INÉS.— Pues nadie lo diría.

MÉDICO.— *(Intentando un chiste, por animar a las monjas.)* Es que estoy conservado en santidad, como los limoncillos en almíbar. *(Pero ninguna de las monjas se ríe.)* Un poco tristes, ¿eh?

SOR MARCELA.— ¡Qué se le va a hacer!

SOR SAGRARIO.— Ni siquiera casarse en nuestra capilla.

MÉDICO.— La madre de él es vieja y está enferma, y, claro, se ha empeñado en que la boda se celebre en su casa.

PRIORA.— Es natural. ¡Pobre señora! *(Pausa.)*

MAESTRA.— ¡Marcharse tan lejos!

MÉDICO.— ¡Volverá, volverá!

PRIORA.— Ella que no sabe del mundo...

MÉDICO.— No hay que apurarse; él es hombre honrado.

VICARIA.— Sí que lo parece.

(Entran Teresa y Sor Juana de la Cruz. Bien se ve que las dos han llorado. Teresa viene de mantilla y con abrigo puesto, y trae al brazo un mantón que ha de servirle de manta de viaje. Se queda en medio de la habitación, sin atreverse a despedirse.)

MÉDICO.— ¿Ya estás lista?

TERESA.— Ya..., sí...

MÉDICO.— Pues despídete, hija, que ya es tarde.

PRIORA.— Sí, sí; no hagas esperar más.

TERESA.— *(Arrodillándose a los pies de la Piora y besándole el escapulario.)*
¡Madre!...

PRIORA.— Levanta, hija, levanta.

TERESA.— Bendígame usted, Madre.

PRIORA.— Dios te bendiga, sí; pero levanta.

(Al levantarse Teresa, la Piora la abraza.)

TERESA.— Madre..., yo no sé qué decirles..., yo no me sé marchar. Perdónenme todas todo el mal que haya hecho en tantos años. He sido loca, disipada, he dado tanto que hacer a todas... Perdónenme. Yo quisiera hacer algo muy grande por ustedes... ¡Que Dios se lo pague, que Dios se lo pague! *(Se echa a llorar.)*

PRIORA.— Vamos, hija, no llores, no te aflijas así...

TERESA.— ¡Si no me aflijo!... ¡Es que..., Madre, yo nunca me olvidaré de ustedes...; recen por mí..., no se olviden ustedes de mí!

PRIORA.— Sí, hija, sí; rezaremos para que Dios te ayude. Tú pídele consejo siempre, antes de decidirte a cosa alguna; que la libertad que se goza en el siglo es como espada en manos de un niño, y la vida es difícil y amarga muchas veces.

MAESTRA.— Gracias a que ella lleva el corazón bien templado para arrostrar todo lo que venga. ¿Verdad, hija?

TERESA.— Verdad, Madre.

PRIORA.— ¿Verdad que serás siempre piadosa y buena?

TERESA.— Sí, Madre, sí.

VICARIA.— Mira que tú estás más obligada que nadie, porque sales de la misma casa de Dios.

TERESA.— Sí, Madre, sí.

PRIORA.— Acuérdate de todas las mercedes que te ha hecho; acuérdate de que

toda tu vida es como un milagro, de que has vivido como nadie vive, de que te has criado como nadie se cría, como la Santísima Virgen, dentro del templo.

MAESTRA.— Como en el Evangelio, Dios ha sido tu padre y tu madre más que para criatura ninguna.

PRIORA.— Piensa que eres la rosa de su jardín y el granito de incienso de su incensario.

TERESA.— Sí, Madre si; me acordaré de todo siempre, de todo...

MAESTRA.— Mira, hija, que no dejes ninguna noche de hacer examen de conciencia.

TERESA.— No, Madre.

SOR JUANA.— Que escribas a menudo.

TERESA.— Sí, Madre.

MÉDICO.— Vamos, Teresa, vamos.

TERESA.— (*Echándose de repente en sus brazos.*) ¡Ay padrino! ¡No me las abandone usted!

MÉDICO.— ¡Hija de mi vida! Que ellas no me abandonen a mí. Si esto es mi casa. Más de cuarenta años entrando en ella día por día. No hay nadie más antiguo que yo dentro de estas paredes. No tengo hijos. Si amores tuve, ¡hace ya tanto tiempo, que se me olvidaron!... Y las que para ti han sido madres, para mí son hijas. Ya delante de mí no se tapan la cara. ¿Para qué? Me parece como si las hubiera visto nacer a todas. Aquí dentro (*Conmoviéndose.*) me quisiera morir para que ellas me cerrasen los ojos...

MAESTRA.— Vamos, vamos, Doctor, ¿quién habla de morirse?

PRIORA.— ¡Váyanse, váyanse!

TERESA.— (*Mirándolas una por una.*) ¿No me abrazan?

(*Todas las monjas, después de consultar con la mirada a la Madre, la abrazan en silencio; sólo Sor Juana de la Cruz, al abrazarla, dice:*)

SOR JUANA.— ¡Hija mía!...

PRIORA.— Hija, que encuentres lo que buscas en el mundo, que así lo esperamos y a Dios se lo pedimos; pero si así no fuere, aquí está tu convento.

TERESA.— Gracias, gracias...

MÉDICO.— Vamos, niña, vamos...

(*Salen el Médico y Teresa; pero ella vuelve desde la puerta y abraza apasionadamente a Sor Juana de la Cruz. Después sale. Sor Juana de la Cruz apoya la cabeza en la reja, de espaldas al público, y llora en silencio. Pausa. Suena la campana llamando a coro.*)

PRIORA.— Llaman a coro.

MAESTRA.— Vamos.

(Todas se disponen a salir con tristeza. La Vicaria, que ve la situación, a su entender, desmoralizante, quiere remediarla; ella misma está conmovidísima, pero se obstina en vencerse y dice en voz que quiere aparentar serena, pero que está como anegada en lágrimas:)

VICARIA.— Un momento: he observado que algunas..., en el rezo..., no marcan lo bastante la división en medio del versículo y, en cambio, arrastran la última palabra de modo lamentable. Cuiden de esto, porque de sobra saben sus reverencias que la belleza del oficio consiste muy principalmente en marcar las pausas y evitar las colas. Vamos allá.

(Se oyen dentro los cascabeles del coche. Las monjas desfilan. El telón empieza a bajar lentamente al empezar a desfilan las monjas. Sor Juana de la Cruz queda sola en escena y se deja caer en un sillón, llorando acongojada)

(Cae el telón.)

FIN DE «CANCIÓN DE CUNA»



GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA (Madrid, 1881 - Madrid, 1947). Comienza a colaborar desde muy joven en prensa literaria. Juega además un papel destacado en la fundación de las revistas *Helios* y *Renacimiento* y, posteriormente, en la puesta en marcha de la editorial Renacimiento. Aunque se da a conocer en un principio en su faceta de poeta modernista, su contribución más sobresaliente al mundo de las letras se debe a su producción teatral (como continuador de la línea ya marcada por Jacinto Benavente), y a las innovaciones que introdujo en la escenografía de la época. Hoy día algunos autores consideran que toda su obra dramática fue escrita en estrecha colaboración con su esposa, la también escritora María de la O Lejárraga.

Notas

[1] En esta edición se asigna el autor que consta en el Catálogo de la Biblioteca Nacional. La autoría de esta y otras obras de Gregorio Martínez Sierra ha sido cuestionada por algunos escritores, siendo atribuida a su mujer, María Lejárraga, o a una colaboración entre ambos. Se trata este asunto en el apartado *Una autoría compartida*, de la introducción. (N. del E. D.) <<

[2] En A. González Blanco, *Los Contemporáneos*, 1.^a serie, tomo II, p. 181. Quizá un eco autobiográfico de la experiencia universitaria de Martínez Sierra hay también en un pasaje de su novela *La humilde verdad*: “...Porque para amargar la vida bastan y sobran, digo yo, la Metafísica, la Historia Crítica de España y la Literatura.” (*La humilde verdad*, Obras completas, Madrid: Renacimiento, 1930, p. 135). <<

[3] En A. Goldsborough, *Imagen humana y literaria de Gregorio Martínez Sierra*, Madrid, 1965, p. 16. <<

[4] Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle Inclán*, Madrid: Editora Nacional, 1943, pp. 68-69. <<

[5] Vid. Patricia W. O'Connor, *Gregorio y María Martínez Sierra. Crónica de una colaboración* (trad. española), Madrid: La Avispa, 1987, especialmente pp. 36, 37, 39, 40-44, 45, 46, 51-52 y 55. <<

[6] “Martínez Sierra”, artículo en *La revista quincenal*, Madrid, núm. 14, 25 de julio de 1917, p. 484 y ss. <<

[7] A. Insúa, *Memorias*, II, Madrid: Editorial Tesoro, 1953, pp. 430-31. Este revelador texto de Insúa no lo encuentro citado en los trabajos que se han publicado en torno a la colaboración literaria entre Gregorio y María Martínez Sierra. <<

[8] Ricardo Gullón, *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*, Publicaciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961, p. 10. <<

[9] María Martínez Sierra, *Gregorio y yo*, México: Biografías Ganesa, 1953. El libro no está exento de afecto hacia la figura del esposo desaparecido y su autora, al igual que hizo casi siempre en su obra literaria, la firma con los apellidos Martínez Sierra.

<<

[10] Enrique Jardiel Poncela, *Tres comedias con un solo ensayo*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1939 [2.^a ed.]. pp. 22-23. <<

[11] Reproduzco el texto de la *Introducción* de Alda Blanco a su edición de la obra de María Martínez Sierra, *Una mujer por los caminos de España*, Madrid: Castalia, 1989, p. 7. También en P. W. O'Connor, Ob. cit., p. 55. <<

[12] Reproduzco de P. W. O'Connor, Ob. cit., Ob. cit., p. 51. <<

[13] Alda Blanco, Ob. cit., p. 15. <<

[14] *Gregorio y yo*, ed. cit., p. 30. <<

[15] Véase Joaquín de Entrambasaguas, *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo III (1905-1909), Barcelona: Edit. Planeta, 1958, p. 563, y José Montero Padilla, “Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIV (1994), pp. 643-655. <<

[16] Sobre *Teatro de ensueño* véase José Montero Padilla, “Juan Ramón Jiménez, personaje literario”, en *Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Barcelona: Anthropos, 1991, p. 357. <<

[17] En A. González Blanco, *Los Contemporáneos*, 1.ª serie, tomo II, pp. 357 y ss. <<

[18] Véase Domingo Paniagua, *Revistas culturales contemporáneas. I (1897-1912). De “Germinal” a “Prometeo”*. Madrid: Ediciones Punta Europa, 1964, pp. 152-58.

<<

[19] *La Generación del 98*, Madrid: Editora Nacional, 1954 [2.^a ed. española]. La 1.^a ed. alemana es de 1934. <<

[20] G. Díaz-Plaja, *Modernismo frente a 98*, Madrid: Espasa-Calpe, 1951, pp. 116-17.

<<

[21] *Las mejores novelas contemporáneas*, ed. cit., p. 559. <<

[22] R. Gullón, *Relaciones amistosas y literarias entre...*, ed. cit., p. 9 <<

[23] Es claro el parentesco del texto reproducido con las palabras que un personaje de la comedia benaventiana *La comida de las fieras*, Teófilo Everit —que fue interpretado por Ramón del Valle-Inclán la noche del estreno de la obra pronuncia ante un retrato pictórico que va a ser subastado: “... de autor desconocido”; así dice el catálogo, y por eso me agrada. ¡Oh, qué retrato! Una dama italiana del Renacimiento; una patricia tristemente altiva, con la altivez desolada de las cumbres solitarias; sugestiva como la Gioconda de Leonardo o la Nelli de Reynolds; con los ojos glaucos, felinos, y las manos... ¡oh, las manos!... Dignas de un soneto de Rosetti... manos liliales... *Made to kissed and to bless* (Jacinto Benavente, *Teatro*, tomo segundo, Madrid: Impr. de Fortanet, 1904, p. 209). <<

[24] El adjetivo *lilial* se empleaba satíricamente para designar a los escritores modernistas. Cfr. G. Díaz-Plaja, *Modernismo frente a...*, ed. cit., pp. 29-30. <<

[25] Rev. *Renacimiento*, núm. 1, marzo 1907. Este texto ha sido citado repetidamente.

<<

[26] Reproduzco de M. Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, ed. cit., p. 58. <<

[27] R. Gullón, Relaciones amistosas y literarias..., ed. cit., p. 12. <<

[28] *La casa de la primavera*, Madrid: Renacimiento, 1912 [2.^a ed.], p. 143. <<

[29] J. Cejador, “Martínez Sierra”, en *La Revista Quincenal*, Año I, núm. 14, 25 de julio de 1917, p. 495. Sobre el influjo de Rusiñol véase asimismo G. Díaz-Plaja. *Modernismo frente a...*, ed. cit., p. 326. <<

[30] En R. Gullón, *Relaciones amistosas y literarias...*, ed. cit., p. 99. <<

[31] Para la historia de las revistas fundadas por Martínez Sierra o en las que colaboró, poseen interés y extensa información, las publicaciones ya antes citadas de G. Díaz-Plaja (*Modernismo frente a...*), R. Gullón (*Relaciones amistosas y literarias...*), y D. Paniagua (*Revistas culturales...*), así como los libros de M^a. Pilar Celma Valero, *La pluma ante el espejo*, Salamanca: Acta salmanticensia, 1989, y *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo: estudio e índices (1888-1907)*, Madrid: Júcar, 1991. <<

[32] Véase J. Montero Padilla, “Gregorio Martínez Sierra en sus primeros libros”, en *Estudios humanísticos*, 4 (1982), pp. 197-201. <<

[33] Gerardo Diego, “Martínez Sierra y la música”, en el diario *ABC*, Madrid, 3 de octubre de 1947. <<

[34] *Un teatro de arte en España (1917-1925)*, Madrid: Ediciones de la Esfinge, 1926.

<<

[35] “Catalina Bárcena ha sido durante diez años, a la cabecera del cartel de Eslava, la intérprete del alma femenina. Desde el año cuarenta del siglo pasado hasta la segunda decena del actual; desde Margarita Gautier, hasta la Nora de Ibsen y la protagonista de Pigmalión, no ha habido queja de mujercita en abandono, repliegue de alma femenina sobre sí misma, protesta sollozada o franca acometida en pugna por su emancipación o independencia que ella no recogiera, reprodujera y nos revelara. Ha vivido los dramas íntimos y nos ha relatado los más tenues esfuerzos de la mujer en su batalla diaria contra el medio opresor a lo largo de un siglo, con una simplicidad de medios y una pureza y dignidad de convicción inolvidables”. (Eduardo Marquina, *Catalina Bárcena*, en *Un teatro de arte en España*, ed. cit., p. 51). Sobre los demás actores de la compañía, véase Narciso Díaz de Escovar y Francisco de P. Lasso de la Vega, *Historia del teatro español*, tomo II, Barcelona: Montaner y Simón, 1924, pp. 282-3. <<

[36] T. Borrás, “Su semblanza en cuatro templos”, en *Madrid, patria de todos*, Madrid: Edit. Cultura Clásica y Moderna, 1964, p. 190. <<

[37] J. de Entrambasaguas, *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo III (1905-1909), Barcelona: Planeta, 1958, p. 554. <<

[38] J. Guerrero Zamora, *Historia del teatro español contemporáneo*, Barcelona: Juan Flors, 1961, p. 490. <<

[39] José Montero Alonso, “*Es el momento en que la inteligencia entra en la pantalla*, dice Martínez Sierra el día último de su estancia en Madrid”, en *Nuevo Mundo*, Madrid, 16 (¿) de enero de 1931. <<

[40] 39 Reportaje publicado en el diario *Madrid* del 16 de septiembre de 1947. Lo escribió José Montero Alonso, aunque aparece sin firma. <<

[41] T. Borrás, En *Madrid, patria de todos*, Madrid: Editorial Clásica y Moderna, 1964, pp. 187 y 188. <<

[42] A. Insúa, *Memorias...*, ed. cit., p. 309. <<

[43] Citado por R. Gullón, *Relaciones amistosas y literarias...*, ed. cit., p. 39. <<

[44] Reproduzco de J. de Entrambasaguas, Ob. cit., p. 560. <<

[45] Melchor Fernández Almagro, artículo en el diario *Arriba*, de Madrid, del 15 junio 1944. <<

[46] Reproduzco de A. Goldsborough, *Ob. cit.*, pp. 141-42. <<

[47] G. Martínez Sierra, “La aristocracia de Carlos Arniches”, art. en la rev. *Blanco y Negro*, Madrid, 31 de mayo de 1925. <<

[48] Rafael Cansinos Assens, “El teatro de Martínez Sierra”, en *Un teatro de arte en España (1917-1925)*, Madrid, 1926. <<

[49] Véase L. Fernández de Moratín, *El sí de las niñas*, edición y notas de José Montero Padilla, Madrid: Cátedra, 1994 [22.^a ed.], pp. 32 y 39-40 del prólogo. <<